

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SANTA MÓNICA
MADRE DE SAN AGUSTÍN**

LIMA – PERÚ

SANTA MÓNICA, MADRE DE SAN AGUSTÍN

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO: VIDA FAMILIAR

Nacimiento y primeros años.
El matrimonio.
Los hijos.

CAPÍTULO SEGUNDO: VIDA DE AGUSTÍN

Estudiante en Tagaste.
Estudiante en Madaura.
Regreso a Tagaste.
Estudiante en Cartago.
Muerte de su padre.
El Hortensio.

CAPÍTULO TERCERO: AGUSTÍN MANIQUEO

Maniqueo.
Enseña retórica en Tagaste.
Muerte de un amigo.
De nuevo en Cartago.
Decepción de los maniqueos.
Marcha a Roma.
Sueños de Agustín.
Profesor en Milán.

CAPÍTULO CUARTO: MÓNICA EN BUSCA DE AGUSTÍN

Mónica en Milán.
Obediencia de Mónica.
Mónica le busca esposa.

CAPÍTULO QUINTO: CONVERSIÓN DE AGUSTÍN

Los neoplatónicos.
Simpliciano.
Ponticiano.
La conversión.
Se jubila de profesor.
Casiciaco.
El bautismo.

CAPÍTULO SEXTO: MUERTE DE MÓNICA

Santísima Trinidad.

Éxtasis de Ostia.
Muerte de Mónica.

CAPÍTULO SÉPTIMO: MÓNICA, NUESTRA MADRE

Dones místicos.
Las oraciones de una madre.
Maternidad espiritual.
Una mujer fuerte e inteligente.
Restos de Mónica.
Mónica sigue viviendo.

CONCLUSIÓN
BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de santa Mónica, la madre del gran san Agustín, es una vida sencilla sin muchos milagros ni maravillas como se dan en la vida de otros santos. Su vida se puede resumir en el fiel cumplimiento de sus obligaciones como esposa, madre y viuda. Cumplió a carta cabal sus obligaciones, siendo una esposa siempre atenta a las necesidades del esposo, sin provocarlo en sus cóleras, sin contradecirlo públicamente y siempre atenta a darle gusto y hacerlo feliz.

Como madre, en todo momento estuvo preocupada por sus tres hijos, no solamente en lo material, sino especialmente en lo espiritual. Por eso sufrió tanto al ver a su hijo Agustín extraviarse del buen camino. Lo siguió por tierra y por mar, oró día y noche durante años. Nunca se cansó de rezar y, al final, se cumplió la promesa que el Señor le había hecho en una visión de que lo vería cristiano católico. Cuando llegó ese momento y, viendo a su hijo ya convertido y entregado al servicio de Dios, manifestó su deseo de poder morir en paz, porque ya su misión había terminado en este mundo.

Su misión, es decir, la de salvar a su hijo extraviado. Y no solamente a él, también con sus modales humildes y sencillos, pudo ver convertida a su suegra, a su esposo Patricio, a sus empleadas domésticas y a sus otros dos hijos. Esa fue su misión y la cumplió con trabajo, oraciones y sacrificios.

Todos los historiadores la consideran una mujer inteligente, sensible, decidida y segura de sí misma. No sólo se preocupó de su familia, sino de todos los que la rodeaban, empezando por los amigos y discípulos de su hijo Agustín. Por eso, el santo habla con frecuencia en sus escritos de *nuestra madre*. Mónica era la madre de todos, a todos atendía como sierva y a todos ayudaba espiritualmente con sus consejos.

La Iglesia la considera como modelo de las madres cristianas, especialmente de las que tienen que orar y llorar por algún familiar extraviado.

Nota.- Conf. se refiere al libro de las *Confesiones* de san Agustín.

CAPÍTULO PRIMERO

VIDA FAMILIAR

NACIMIENTO Y PRIMEROS AÑOS

Santa Mónica nació el año 331 en Tagaste, pequeña ciudad del norte de África, que actualmente se llama Souk Ahras, en Argelia, a unos 80 kilómetros de Hipona y 35 kilómetros de la frontera con Túnez. El pueblo, que en tiempos de san Agustín tenía unos 35.000 habitantes, en la actualidad tiene 160.000 habitantes. Está rodeado de viñedos, extensos campos de cereales, tupidos bosques de madera para la construcción y pequeños centros mineros. Es en nuestros días un centro comercial importante. Pertenece al departamento de Annaba, uno de los 31 departamentos en que está dividida Argelia. Allí se encuentran todavía las ruinas de la antigua Tagaste, que tantos recuerdos encierran sobre la vida de san Agustín y de santa Mónica.

Según algunos historiadores, la madre de santa Mónica se llamaba Facunda o Facundia. Mónica recibió la semilla de la fe de su anciana abuela y de sus padres, que eran cristianos y se habían mantenido fieles a la Iglesia durante la persecución de los donatistas, en una época en que los herejes seguidores de Donato eran prácticamente dueños de Tagaste, pues la mayoría eran donatistas.

Sus padres encomendaron su cuidado a una anciana empleada de la casa, que era muy estricta en sus costumbres y que supo corregirla en sus defectos. Cuenta el mismo Agustín: *Ni ella misma ensalzaba tanto la diligencia de su madre en educarla cuanto la de una de crépita sirvienta que había llevado a su padre, siendo niño, a la espalda al modo como suelen hoy llevarlos las mujeres ya mayores a la espalda.*

Por esta razón, y por su ancianidad y óptimas costumbres era muy honrada de los señores en aquella cristiana casa, razón por la cual tenía ella misma mucho cuidado de las señoritas hijas que le habían encomendado, siendo, en reprimirlas, cuando era menester, vehemente con santa severidad y muy prudente en enseñarles. Porque fuera de aquellas horas en que comían muy moderadamente a la mesa de sus padres, aunque se abrasasen de sed, ni aun agua les dejaba beber, precaviendo con esto una mala costumbre y añadiendo este saludable aviso: “Ahora bebéis agua porque no podéis beber vino; mas cuando estéis casadas y seáis dueñas de la bodega y despensa, no os tirará el agua y prevalecerá la costumbre de beber”. Y con este modo de mandar y la autoridad que tenía para imponerse, refrenaba el apetito en aquella tierna edad

y ajustaba la sed de aquellas niñas a la norma de la honestidad, para que no les agradase lo que no les convenía.

Y, sin embargo, me contaba tu sierva a mí, su hijo, que el gusto por el vino llegó a penetrar en mi madre de una manera solapada. Cuando sus padres, considerándola una muchacha moderada, la mandaban a sacar vino del tonel, ella después de sumergir el jarro por la parte superior de éste, antes de echar el vino en la botella, sorbía un poquito con la punta de los labios. Y no tomaba más porque sentía repugnancia del vino. Evidentemente no hacía este gesto incitada por la pasión del vino, sino más bien por esa libertad excesiva propia de la edad que hierve de impulsos juguetones y que en la infancia suelen ser reprimidos por la gente adulta. Sucedió, pues, que añadiendo cada día un poquito más a lo poquito de los anteriores, vino a caer en aquella costumbre, hasta el punto de llegar a beber con verdadera avidez las copitas casi llenas.

¿Qué remedio podía aplicarse y que fuera eficaz contra una enfermedad oculta, si tu medicina, Señor, no vigilara sobre nosotros? ¿Qué es lo que hiciste entonces, Dios mío? ¿Con qué la curaste? ¿Con qué la sanaste? ¿No es cierto que te valiste de otra alma que le diera una reprimenda dura y aguda, como el bisturí de un médico sacado de tus reservas ocultas, y de un solo golpe operaste aquella gangrena? Cierta día, entre ella y la criada que solía acompañarla a la bodega, riñeron, como sucedía cuando estaban solas, y la criada le echó en cara su vicio calificándola con el ofensivo insulto de “borrachina”.

Herida en lo más hondo por esta injuria, reflexionó en la fealdad de su vicio, lo reprobó al instante y se libró de él. Al igual que los amigos corrompen con sus adulaciones, los enemigos nos corrigen insultando. Lo que aquella criada pretendió hacer, en su arrebató de cólera con la señorita, fue exasperarla, no curarla. Por eso la injurió en privado. Y lo hizo en privado porque así les sorprendieron las circunstancias de lugar y tiempo, o para evitarse complicaciones personales por haber denunciado este vicio tan tarde ¹.

Mi madre fue educada en la modestia y en la sobriedad, y estuvo sujeta más por Ti a sus padres que por sus padres a Ti ².

*Mónica fue educada en las buenas costumbres y destacó en ella la compasión por los pobres. Dice Agustín: *Hacía tantas limosnas que era la obsequiosa servidora de tus santos, que ni un solo día se olvidaba de presentar su ofrenda ante tu altar* ³.*

¹ Conf. 9, 8, 17-18.

² Conf. 9, 9, 19.

³ Conf. 5, 9, 17.

Su bautismo tuvo lugar probablemente a los 17 años, según era costumbre en la Iglesia católica de África, pues los bautizados recibían una preparación de dos o tres años, llamada catecumenado. Esta etapa se iniciaba con los ritos de la signación de la cruz en la frente, el exorcismo con la imposición de manos para expulsar al demonio y la gustación de la sal, símbolo de la incorrupción o resurrección futura. Los catecúmenos podían asistir en la iglesia a la liturgia de la palabra, pero no al rito de la consagración y demás partes de la misa.

EL MATRIMONIO

Seguramente muy pronto sus padres desearon lo mejor para ella. Y pensaron en un buen matrimonio. En esos tiempos los padres eran los que arreglaban el asunto. Escogieron un joven pagano. ¿Por qué, siendo ellos católicos? ¿Quizás no encontraron un buen católico de su categoría social? No olvidemos que Agustín dice: *Mi propia ciudad natal pertenecía entera al partido de Donato y se convirtió a la unidad católica por temor a las leyes imperiales*⁴. Quizás prefirieron un buen pagano a un mal católico.

El escogido se llamaba Patricio y era un pequeño burgués de escasos recursos, que pertenecía al concejo municipal. Según los historiadores ella tendría unos 22 años y él le doblaba la edad. Ya era un hombre hecho y derecho, importante en el pueblo por pertenecer al concejo municipal. Un hombre trabajador que, si no se había casado todavía, ya habría tenido muchas experiencias sexuales, como demostró después con sus infidelidades.

Seguramente adoraba a Júpiter, el padre de los dioses de la mitología romana. San Agustín dice de él: *Era un hombre sumamente cariñoso, pero también extremadamente colérico*⁵.

Mónica supo sobrellevarlo y nunca darle motivo para pelear. Él la llegó a querer y nunca le levantó la mano. Ella era su humilde servidora, como era la norma de las esposas en aquel tiempo, y le servía con amor. Por eso, se hizo querer de su esposo y hasta de su suegra que al principio no la miraba con buenos ojos.

Patricio supo reconocer sus virtudes y le dejaba campo libre en la educación cristiana de sus hijos. Él se preocupaba fundamentalmente del trabajo y ella de la casa, de las empleadas y de los hijos. Agustín dice sobre ella: *Tan*

⁴ Carta 93, 5, 17.

⁵ Conf. 9, 9, 19.

pronto como llegó a la plenitud de la edad núbil, se le dio un marido al que sirvió como a su señor (Ef 5, 22). Se esforzó en ganarlo para Ti, hablándole de Ti con el lenguaje de las buenas costumbres. Con ellas la ibas embelleciendo y haciéndola amable y admirable a los ojos del marido. Toleró los ultrajes de sus infidelidades conyugales hasta el punto de no tener en este aspecto la más mínima discusión con él. Esperaba que tu misericordia descendiera sobre él. La castidad conyugal vendría como consecuencia de su fe en Ti.

Consciente de ello, mi madre había aprendido a no contrariarle cuando estaba con ira, no sólo con los hechos, sino ni siquiera con la palabra. Pero al verlo tranquilo, aprovechaba la oportunidad para hacerle ver su comportamiento cuando su irritación se había pasado de la raya...

Las amigas, conociendo la ferocidad del marido de Mónica, estaban realmente maravilladas de que jamás se había oído el más pequeño rumor de que Patricio la hubiese pegado, ni de desavenencias domésticas que hubieran degenerado en líos ni por una sola vez. Cuando en confianza le pedían una explicación de este hecho, ella les indicaba su modo de proceder. Las que ponían en práctica este método, le quedaban agradecidas tras la experiencia. Las que no tomaban su consejo, seguían sufriendo malos tratos.

Su suegra se mostró irritada con ella, sobre todo en la época que siguió a su casamiento, debido a los chismes de unas malas criadas. Pero logró hacerse acreedora de sus respetos mediante su afabilidad y su continua tolerancia y mansedumbre. Se granjeó su simpatía de tal modo que ella misma denunció a su hijo que eran las lenguas intrigantes de las criadas las que perturbaban la paz doméstica entre nuera y suegra. Así que, después que él, sea por obediencia a su madre, sea para proteger el orden familiar y la armonía de los suyos, azotó a las criadas, ésta aseguró que éste era el premio que podía esperar de ella quien, bajo el pretexto de conseguir sus favores, hablase mal de su nuera. Nadie se atrevió en lo sucesivo a andar con chismorreos. Las dos vivieron en franca y suave armonía, digna de narrarse.

A ésta tu buena sierva en cuyas entrañas me creaste, Dios mío y misericordia mía (Sal 59, 18), le habías regalado también este hermoso don: siempre que le era posible se las ingeniaba para poner en juego sus habilidades pacificadoras entre cualquier tipo de personas que estuvieran en discordia. De la cantidad de reclamos ásperos que suele respirar el desacuerdo tenso y desagradable cuando afloran los odios fuertes por medio de un lenguaje lleno de amargura, mi madre no refería de una parte a la otra sino lo que sirviera para reconciliarlas a ambas.

*Este bien no me pareciera tan grande si yo no tuviera la triste experiencia de tantas personas que (por no sé qué horrible contagio de pecado que se ha extendido ahora por todas partes) no sólo van a contar a los que están peleados lo que dijeron sus enemigos, sino que, además, añaden por su cuenta cosas que éstos no dijeron; cuando al contrario creo que un hombre que se califica de humano debería estimar como poca cosa limitarse simplemente a no fomentar ni aumentar las enemistades humanas, sino que debe tratar de eliminarlas mediante palabras de comprensión. Así lo hacía mi madre. Se lo habías enseñado Tú, maestro interior, en la escuela de su corazón*⁶.

LOS HIJOS

Mónica tuvo tres hijos: Agustín, Navigio y Perpetua. De los tres se preocupó como buena madre, educándolos en la fe cristiana. De Navigio y Perpetua sabemos poco. Perpetua se casó y, al quedar viuda, Agustín la nombró abadesa del convento de religiosas que había fundado. Navigio era tímido, inteligente y enfermizo. Nunca dio problemas especiales a sus padres. Siguió a Agustín por algunos lugares. Se casó y tuvo varios hijos. San Posidio en su vida de san Agustín dice: *Dentro de su casa (palacio episcopal de Hipona), nunca permitió la familiaridad y la permanencia de ninguna mujer, ni siquiera de su hermana carnal, que viuda y consagrada al Señor durante mucho tiempo, hasta la muerte, fue superiora de las siervas de Dios. El mismo rigor observó con sus sobrinas también religiosas*⁷.

Sabemos que tuvo un sobrino clérigo, que vivía con él en Hipona, llamado Patricio⁸.

La labor callada y orante de Mónica consiguió que, poco a poco, Perpetua, Navigio y sus hijos se entregaran al Señor. Dice Agustín que en su niñez, cuando cayó enfermo, *creía yo, creía ella y creía toda la casa, excepto mi padre*⁹. Es decir, que Mónica había conseguido la conversión de toda su casa, incluidas las empleadas, excepto el esposo.

Y continúa Agustín: *Cierto día fui presa repentinamente de un dolor de estómago que me abrasaba (¿oclusión intestinal?) y me puso en trance de muerte... Solicité de mi madre y de la madre de todos nosotros, tu Iglesia, el bautismo de tu Cristo, mi Dios y Señor. Turbóse mi madre carnal, porque me paría con más amor en su casto corazón en tu fe para la vida eterna; y ya había*

⁶ Conf. 9, 9, 19-21.

⁷ Cap. XXVI.

⁸ Sermón 356.

⁹ Conf. 1, 11, 17.

*cuidado presurosa, de que se me iniciase y purificase con los sacramentos de la salud..., cuando he aquí que comencé a mejorar. Difirióse en vista de ello mi purificación (bautismo), juzgando que sería imposible que, si vivía, no me volviese a manchar y que el reato de los delitos cometidos después del bautismo es mucho mayor y más peligroso*¹⁰.

Mónica siguió en esto las costumbres de África. Entonces no existía el sacramento de la confesión y, considerando que el bautismo perdonaba todos los pecados, preferían postergarlo para los últimos momentos, ya en la ancianidad, porque se suponía que durante la vida se iba a pecar mucho y no sería tan fácil ser perdonados después del bautismo. San Agustín obispo, lucharía contra esta costumbre para que bautizaran pronto a los niños y no esperaran hasta muy tarde.

CAPÍTULO SEGUNDO VIDA DE SAN AGUSTÍN

ESTUDIANTE EN TAGASTE

Agustín era un niño muy inteligente y estudió en Tagaste la educación primaria hasta los 12 años. Allí aprendió a leer, escribir y contar, pero era muy rebelde, desobediente y juguetón. No le gustaba estudiar. Él mismo dice: *Me pusieron a la escuela para que aprendiera las letras en las cuales ignoraba yo, miserable, lo que había de utilidad. Con todo, si era perezoso en aprenderlas, era azotado, sistema alabado por los mayores... Mas dimos por fortuna con hombres que te invocaban, Señor, y aprendimos de ellos a sentirte en cuanto podíamos, como un Ser grande, que podía, aun no apareciendo a los sentidos, escucharnos y venir en nuestra ayuda. De ahí que, siendo aún niño, comencé a invocarte como a mi refugio y amparo..., y, aunque pequeño, te rogaba yo con pequeño afecto que no me azotasen en la escuela*¹¹.

*Pecábamos escribiendo o leyendo, estudiando menos de lo que se exigía de nosotros. Y no era ello por falta de memoria o ingenio, que para aquella edad me los diste, Señor, abundantemente, sino porque me deleitaba el jugar, aunque no otra cosa hacían los que castigaban esto en nosotros*¹². *Pecaba yo, obrando contra las órdenes de mis padres y de aquellos mis maestros*¹³.

¹⁰ Ibidem.

¹¹ Conf. 1, 9, 14.

¹² Conf. 1, 9, 15.

¹³ Conf. 1, 10, 16.

No era yo desobediente por ocuparme en cosas mejores, sino por amor del juego..., al mismo tiempo que con idéntica curiosidad se encandilaban mis ojos más y más por ver espectáculos, que son los juegos de los mayores¹⁴.

No me gustaba estudiar ni que me obligaran a ello. Sin embargo, me obligaban, y con ello me hacían un bien, ya que estoy convencido de que, si no me hubieran obligado, no hubiera aprendido nada: No se hace bien lo que se hace a desgana, aunque sea bueno lo que se hace. Tampoco hacían bien los que me obligaban; el único que me hacía bien eras Tú, Dios mío...

Desconozco aún los motivos que me hacían odiar el griego, que me enseñaron desde niño. En cambio, me gustaba mucho el latín, no el que enseñan los profesores de primaria, sino el que explican los llamados gramáticos. Pues la enseñanza de la lectura, de la escritura y de la matemática en la primaria, se me hacían tan aburridas como el griego. ¿Qué explicación darle a este hecho?...

No cabe duda de que los primeros estudios eran mejores, porque ofrecían mayores garantías. Con ellos iba adquiriendo y logrando algo que ahora conservo: leer todo lo que cae en mis manos y escribir lo que se me ocurra. Esos primeros estudios eran mejores que los otros, porque me eran más útiles y porque, olvidándome de mis propios errores, me obligaban a memorizar los caminos equivocados de un tal Eneas, y a llorar la muerte de Dido y su suicidio por amor. Mientras tanto, yo, miserable, ni lloraba ante mi propia muerte que, lejos de Ti, que eres mi vida, encontraba en esa literatura.

¿Qué mayor miseria que la de un miserable que no tiene piedad de sí mismo? ¿O del que llora la muerte de Dido, motivada por el amor de Eneas, y no lloraba su propia muerte producida por no amarte a Ti, Dios mío?...

Pecaba pues, siendo niño, al preferir las realidades vanas o inútiles en vez de las útiles. Mejor dicho, al preferir a aquéllas y tener manía a éstas. Pero ya entonces, el uno y uno dos, dos y dos cuatro, me resultaba una cantilena tediosa, mientras el caballo de madera lleno de gente armada, el incendio de Troya y el fantasma de Creusa eran para mí un entretenido espectáculo de vanidad¹⁵.

En los concursos, me preocupaba por no cometer un barbarismo; pero no evitaba los celos o la envidia contra quienes no lo cometían. Te digo esto, Dios mío, y reconozco ante Ti aquellas pequeñeces que eran objeto de felicitación por parte de aquellos cuyo aprecio equivalía entonces para mí a vivir honradamente.

¹⁴ Ibidem.

¹⁵ Conf. 1, 12, 19; 1, 13, 21-22.

Yo no veía entonces el remolino de mi torpeza, que me estaba tragando lejos de tu mirada. ¿Podía haber algo más repugnante a tus ojos que mi persona tramando cantidad de mentiras, no sólo ante los profesores, sino incluso ante los propios padres cuando trataba de engañarlos?

A todos estos extremos me llevaba la pasión por el juego, la afición a los espectáculos frívolos, y el gusto por estos juegos dramáticos. También practicaba pequeños hurtos de la despensa casera, unas veces por gula, otras por tener algo que dar a los amigos a cambio de los juegos que me vendían, y de los que disfrutábamos juntos. En estos mismos juegos, en que con frecuencia me ganaban, usaba de artimañas para conseguir victorias, todo por afán de sobresalir. Y la cosa que peor me caía y más me alteraba, era sorprenderles en las mismas trampas que yo les hacía a ellos. Pero si el sorprendido era yo, prefería pelearme, pero no ceder ¹⁶.

ESTUDIANTE EN MADAURA

Patricio, el padre de Agustín, viendo que su hijo era muy inteligente y tenía futuro, decidió enviarlo a estudiar a Madaura, pequeña ciudad universitaria llamada hoy N'daurush, en la provincia de Constantina, a unos 30 kilómetros de Tagaste.

Agustín tenía 12 años. Era el año 366. Podemos pensar en la preocupación de Mónica como madre al pensar que su hijo iba a dejar la casa paterna por primera vez, siendo todavía un niño. Tendría preocupaciones sobre lo que podía suceder. Podía enfermarse y tener malas compañías. ¡Cuántos peligros para el alma y para el cuerpo! Pero su padre lo había decidido y ella debió aceptar su decisión. Seguramente le hizo muchas recomendaciones como buena madre para que se cuidara en todo sentido.

En ese momento Agustín, a pesar de no estar bautizado, era creyente y oraba. En el fondo de su alma era cristiano, tenía un cierto amor por Jesús y lo invocaba para pedirle ayuda en sus problemas.

Llegó a Madaura con grandes deseos de estudiar la lengua latina, que le gustaba mucho. El maestro de gramática les hacía leer y analizar los escritos de los historiadores y poetas latinos. Estudió especialmente a los autores: Virgilio, Cicerón, Plauto, Terencio, Séneca, Salustio, Horacio y Apuleyo.

¹⁶ Conf. 1, 19, 30.

Pronto brilló entre sus compañeros por su inteligencia. Un día tuvo que declamar un discurso que él mismo había compuesto. Todos lo aplaudieron y admiraron.

Al principio, llevaba una vida tranquila. Pero fue creciendo y descubrió el mundo de los placeres. Madaura era una población pagana y en ese ambiente de vicios se fue olvidando poco a poco de la fe cristiana, y se fue contagiando de las ideas y costumbres dominantes.

Él mismo reconoce que, a partir de los quince años, su vida comenzó a relajarse y a dejarse llevar de las malas costumbres. Dice así: *Quiero hacer memoria de mis torpezas pasadas y de la desolación en que los vicios dejaron mi alma. No lo hago para deleitarme, sino por amor tuyo, Dios mío. Y lo hago por amor de tu amor. Voy a recordar mis caminos llenos de perversión con toda la amargura que supone remover esos recuerdos. Los evoco para que Tú sigas siendo bueno conmigo, que eres bondad sin engaño, bondad dichosa y garantizada y me recojas de la dispersión en que anduve dividido cuando lejos de Ti, que eres Unidad, me dispé en la variedad de las cosas.*

Hubo un tiempo en mi adolescencia en que me abrasé en deseos de hartarme de las cosas más bajas. Tuve asimismo la audacia de liarme en la espesura de amores diversos y sombríos. Quedó quebrantada mi hermosura y me convertí en un ser infecto ante tus ojos, por darle gusto a los gustos personales y por desear quedar bien ante los ojos de los hombres.

¿Y qué era lo que me deleitaba sino amar y ser amado? Pero me faltaba ese justo equilibrio en el amor recíproco entre alma y alma, dado que las fronteras de la amistad son algo luminoso. Lo cierto es que, desde los deseos turbios de mis pasiones y la efervescencia de mi pubertad, surgían jirones de niebla que cubrían y nublaban mi corazón al extremo de no distinguir la paz del amor, de la oscuridad de la pasión. La mezcla confusa de ambas cosas hervía en mí e iba a malograr mi edad aún sin consistencia por lo escabroso de las pasiones, que la sumían en el remolino de la perversión...

Iba alejándome cada vez más de Ti y Tú hacías la vista gorda. Me veía entregado sin freno al vicio, diluido y en estado de ebullición a consecuencia de mis fornicaciones, y Tú callabas. Oh alegría mía tardía, Tú callabas entonces y, mientras tanto, yo iba alejándome de Ti en busca de semillas de dolor a cual más estéril, en una degradación arrogante, y con un agotamiento lleno de frustración.

¿Quién iba a moderar mis desórdenes? ¿Quién iba a hacer que las bellezas pasajeras, producto de la última moda, redundaran en mi propia

utilidad? ¿Quién me iba a detener ante sus encantos, de manera que el oleaje de mi edad fuera a desvanecerse en la playa del matrimonio?...

Pero, dejándote en el olvido, seguí, pobre infeliz, en este estado de ardor, con los impulsos de mis pasiones, y pasé por encima de todos tus mandatos, aunque sin conseguir librarme de tus azotes. ¿Qué mortal se libra de ellos? Tú siempre estabas a mi lado, piadosamente duro, rociando de amarguísimos sinsabores todos mis placeres prohibidos, para que yo acudiera al gozo verdadero. Si hubiera sido capaz de satisfacer esta aspiración, seguro que no habría encontrado ningún goce fuera de Ti, Señor, que matizas tus mandamientos con el dolor, que hieres para curar.

¡Dónde estaba yo y qué lejano era mi destierro, apartado de tranquilidad de tu casa a lo largo de mis dieciséis años, que era esa la edad de mi carne! La furia pasional se apoderó de mi persona. Hice una entrega incondicional, atacado por la locura de mis apetitos, de esos apetitos que para la degradación humana gozan de carta blanca, pero que ante tu ley son prohibidos. Mis padres no se preocuparon de hacerme casar para evitarme el precipicio. Su única preocupación era que yo aprendiera las mejores técnicas de la oratoria y de la persuasión por medio de la palabra¹⁷.

REGRESO A TAGASTE

En Madaura estuvo estudiando cuatro años. El deseo de su padre era que siguiera los estudios superiores en Cartago, donde debía estudiar filosofía y retórica para llegar a ser un gran orador. Así completaría los tres grados escolásticos. La primaria en Tagaste, la secundaria en Madaura y la superior en Cartago.

Cuando regresa a Tagaste él nos dice que ya su alma era un hervidero de pasiones por las malas costumbres adquiridas en Madaura. Tenía 16 años y pasó un año en Tagaste hasta que su padre juntara un poco de dinero.

Él reconoce que ya no hacía caso a los consejos de su madre, que, preocupada, empezó seriamente a orar sin interrupción por él, porque lo veía, no sólo lejos de Dios y de la fe cristiana, sino desobediente y alocado, con malas compañías. No hacía caso y no escuchaba razones. Estaba cegado por el afán de amar y ser amado, como él mismo afirma.

¹⁷ Conf. 2, 1, 1; 2, 2, 2-4.

Sobre este año pasado en Tagaste sin hacer caso de nada ni de nadie, nos dice: *A mis dieciséis años, cuando por falta de recursos tuve que tomar unas vacaciones forzosas en casa de mis padres, es cuando las espinas de mis pasiones tomaron fuerza y crecieron por encima de mi cabeza. Y no había mano que las arrancara de raíz. Más bien al contrario. Porque recuerdo que cierto día, estando yo en los baños, mi padre vio los signos de mi pubertad y de mi inquieta adolescencia, y se le caía la baba de satisfacción ante la ilusión de los nietos que yo podría darle. Así se lo insinuó a mi madre. Él estaba como embriagado de esa borrachera que le hace al mundo olvidarse de su Creador y amar a la criatura. Mi padre estaba borracho con ese vino invisible de una voluntad maleada e inclinada a las cosas de aquí abajo.*

Pero Tú, Señor, ya habías inaugurado tu templo y puesto los cimientos de tu morada en el corazón de mi padre. Mi padre se estaba preparando al bautismo desde hacía poco. Mi madre, por su parte, se estremecía de tanto temor, porque, aunque yo no estaba bautizado aún, temía que me metiera por sendas tortuosas que son el camino ordinario de los que te vuelven la espalda y no te dan la cara.

¡Ay de mí! ¿Y tengo el atrevimiento de decir que Tú guardabas silencio, Dios mío, cuando era yo el que me iba alejando más y más de Ti? ¿Es cierto que te hacías el callado conmigo? ¿Y de quién sino tuyas eran aquellas palabras que me decía mi madre, tu sierva fiel, y que susurrabas a mis oídos? Ciertamente que ninguna de ellas caló hondo en mi corazón como para ponerlas en práctica.

Ella quería verme evitar la fornicación. Así me lo recalcó con gran interés, haciendo especial hincapié en que me alejara del adulterio con mujeres casadas. Me parecía humillante hacer caso de los consejos de una mujer. Pero eran avisos tuyos a los que no hacía ningún caso. Es más, estaba convencido de que Tú seguías mudo y era ella la que hablaba. Gracias a ella, no estabas callado conmigo, pero yo te desaprobaba en ella. Yo, que era su hijo, el hijo de tu servidora y servidor tuyo también.

En mi ignorancia, iba cayendo en el precipicio con una ceguera tal que el hecho de ser menos libertino que mis compañeros de edad, constituía para mí un motivo de humillación. Los oía vanagloriarse de sus pecados, y su arrogancia era tanto mayor cuanto mayores eran éstos. Y la garra de estos pecados descansaba no sólo en la acción por la acción, sino, sobre todo, por gozar de cierta popularidad.

¿Hay algo más reprehensible que el vicio? Sin embargo, para evitar que me humillaran, me iba envenenando progresivamente. Y cuando no tenía razones para ser igual que los más sinvergüenzas, inventaba cosas que no había hecho, para

no dar la imagen de menos degradación por ser más inocente, ni de menos prestigio por ser más casto.

Así eran los amigotes que andaban conmigo por las “plazas de Babilonia”. Me revolcaba con ellos en su fango como si fuera aroma y perfume costoso. Para tenerme más identificado con la maldad, el enemigo invisible me pisoteaba y seducía, pues yo era débil por naturaleza.

Ni siquiera aquella mujer, que era mi madre... se ocupó de esto para no entorpecer con el vínculo conyugal las expectativas que tenía puestas en mi persona. No me refiero a la esperanza en un mundo futuro, que mi madre tenía profundamente arraigada en Ti, sino a la gran ilusión que tenía puestas en mis estudios literarios que tanto mi padre como mi madre deseaban que yo cursara con el mejor aprovechamiento. Mi padre, porque casi nunca pensaba en Ti, y lo que de mí pensaba era pura cosa inútil. Mi madre, porque estimaba que mis estudios no sólo no me iban a perjudicar, sino que me serían de gran ayuda para llegar a Ti.

Partiendo de los recuerdos actuales sobre mis padres, creo que frente a la pasión que yo tenía por los juegos, me dieron demasiada rienda suelta y no supieron unir rigor y bondad...

Quise robar y robé. No lo hice obligado por la necesidad, sino por carecer de espíritu de justicia y por un exceso de maldad. Porque robé precisamente aquello que yo tenía en abundancia y aún de mejor calidad. Ni siquiera pretendía disfrutar de lo robado, sino del robo en sí mismo, del pecado de robo.

Al lado de nuestra huerta, había un peral bien cargado de frutas, no muy atractivas por cierto, ni por su aspecto ni por su sabor. A altas horas de la noche, una pandilla de traviosos muchachos nos fuimos a sacudir el árbol y llevarnos las peras. Habíamos alargado intencionalmente nuestros juegos en los jardines, siguiendo una costumbre dañosa. Sacamos un gran cargamento de peras, no para saborearlas, sino seguramente para botárselas a los cerdos. Y aunque probamos algunas, para nosotros lo principal fue darnos el gustazo de hacer lo que estaba prohibido...¹⁸.

Aquí están en tu presencia, Señor, los recuerdos vivos de mi alma. Yo solo no habría cometido aquel robo. En él no me gustaba lo robado, sino el robo en sí. Y aún este robo no me hubiera gustado hacerlo solo, lo repito. No lo habría hecho.

¹⁸ Conf. 2, 3, 6; 2, 2, 4, 9.

*¡Oh amistad descaradamente enemiga! ¡Oh fascinación incomprensible del espíritu! Ganas de hacer daño por burla y por diversión, ganas de hacer el mal a otros sin beneficiarse personalmente, sin afán de revancha, sino por confirmar la expresión: “Vamos, manos a la obra” y por sentir vergüenza, de no ser un sinvergüenza*¹⁹.

*No te amaba sino que fornicaba lejos de Ti y mientras fornicaba llegaban a mis oídos las exclamaciones de aplausos: ¡Bravo! ¡Muy bien! Así es la amistad de este mundo, que constituye un verdadero adulterio contra Ti. Las exclamaciones ¡bravo! ¡muy bien! no persiguen otra cosa que avergonzar a los que no son igual que los aplaudidos*²⁰.

Patricio, el padre de Agustín, no se preocupaba mucho de sus costumbres y lo dejaba un poco a su aire. Sólo pensaba en que siguiera estudiando y mandarlo a Cartago. Mónica sufría, pero no podía oponerse a su esposo para no quebrantar la paz familiar. Y Agustín se aprovechaba de esta situación.

Nos dice: *¿Quién había entonces que no colmase de alabanza a mi padre, quien yendo más allá de sus haberes familiares gastaba con el hijo cuanto era necesario para un tan largo viaje por razón de sus estudios? Porque muchos ciudadanos y mucho más ricos que él, no se tomaban por sus hijos semejante empeño. Sin embargo, este mismo padre nada se cuidaba entre tanto de que yo creciera ante ti y que yo fuera casto, sino únicamente de que fuera disertor (orador), aunque mejor dijera desierto por carecer de tu culto*²¹.

ESTUDIANTE EN CARTAGO

Ante la situación precaria de su padre, que no tenía el suficiente dinero, tuvo la gran ayuda de un rico paisano de Tagaste, llamado Romaniano. Era él un ciudadano respetado por todos y considerado como el principal bienhechor de Tagaste. Su nombre estaba grabado en una placa de bronce y le habían erigido estatuas en su honor. Agustín le será agradecido toda la vida, y quiso tenerlo siempre de su lado. Lo convirtió al maniqueísmo y después al catolicismo; y fueron grandes amigos.

Con su ayuda económica, su padre lo envió a Cartago para hacer sus estudios superiores durante cuatro años. Cartago era una ciudad de unos 500.000

¹⁹ Conf. 2, 9, 17.

²⁰ Conf. 1, 13, 21.

²¹ Conf. 2, 3, 5.

habitantes, a 250 kilómetros de Tagaste, y la ciudad más importante del África romana. Tenía teatro, anfiteatro y un gran circo. Era un prodigio de belleza arquitectónica con el famoso pórtico de mármol de 46 columnas acanaladas de doce metros de altura, formando un rectángulo de 88 metros de longitud y 32 de anchura. Después de Roma ninguna otra ciudad del Imperio la aventajaba en bellezas monumentales.

La mayoría de la gente era pagana y se sentía el ambiente lascivo en sus diversiones: juegos circenses, combates de gladiadores, espectáculos teatrales; y hechiceros y charlatanes por doquier.

Agustín, con la fogosidad de sus 17 años, cayó en las redes del ambiente pagano. Su ánimo ya había sido preparado en Madaura y en su último año pasado en Tagaste. Él comenta sobre sus experiencias de Cartago: *Llegué a Cartago (año 371), y a mi alrededor hervían aquellos amores impuros. Por aquella época no amaba todavía, pero deseaba amar y, hallándome en un estado de pobreza íntima, estaba resentido conmigo mismo. Andaba en búsqueda de un objeto de amor, deseoso como estaba de amar. Odiaba la seguridad, y me aburría el camino sin peligros. Amar y ser amado era para mí una dulce ocupación, sobre todo si lograba disfrutar del cuerpo de la persona amada. Lo que hacía era manchar la fuente de la amistad con las impurezas de la pasión y oscurecer su esplendor con mi infernal pasión sensual. Feo y deshonesto, sentía un orgulloso deleite ante el hecho de que me consideraran como un personaje elegante y un hombre de mundo.*

Por fin, caí también en las redes del amor, en que quería ser atrapado. Dios mío y misericordia mía, ¡qué bueno fuiste al rociar de tanta amargura aquella suavidad! Porque mi amor fue correspondido y llegué a disfrutar de un enlace secreto. Una gran satisfacción me iba atando con lazos angustiosos. Pero, como era de esperar, pronto vinieron los azotes de hierros candentes, provocados por celos, sospechas, temores, cóleras y peleas²².

Tuve yo una mujer, no conocida por lo que se dice legítimo matrimonio, sino buscada por el vago ardor de mi pasión, falto de prudencia; pero una sola a la que guardaba fidelidad, en la cual hube de experimentar por mí mismo la distancia que hay entre el amor conyugal pactado con el fin de la procreación de los hijos y el amor lascivo en el que la prole nace contra el deseo de los padres, bien que una vez nacida, les obligue a quererla²³.

²² Conf. 3, 1, 1.

²³ Conf. 4, 2, 2.

*En los espectáculos teatrales, disfrutaba haciendo causa común con los enamorados cuando se gozaban en sus vicios. Disfrutaba aunque se tratara de una representación teatral, producto de la imaginación. Pero cuando la desgracia separaba a estos amantes, me invadía una especie de tristeza llena de compasión. Ambas situaciones eran de mi agrado*²⁴.

En cuanto a mis estudios, tenían como meta la carrera de abogado, los tribunales y los pleitos. Uno sobresalía tanto más en esas profesiones cuanto con mayor éxito recurría a procedimientos fraudulentos. La ceguera humana es tan grande que llega a gloriarse de su misma ceguera. Yo era el número uno de mi promoción en la escuela de retórica, y disfrutaba de mi vanidad soberbiamente, y me hinchaba de pedantería.

De todas maneras, Tú sabes, Señor, que yo era mucho más tranquilo y me mantenía al margen del libertinaje de los “eversores” o perturbadores del orden, calificación triste y diabólica que llegó a ser distintivo de finura y elegancia. Entre ellos mantenía una actitud medio cínica, medio decente, porque en el fondo ni era ni me consideraba uno de ellos. Frecuentaba sus reuniones, a veces disfrutaba de su camaradería, pero siempre desaprobaba su conducta, aquellas fechorías con que cínicamente abusaban de la timidez de los ingenuos. Sus ultrajes no obedecían a otros móviles que los de alimentar sus juergas y sus orgías. Creo que no hay nada que más se parezca a las acciones de los demonios.

*Así pues, ¿qué calificativo podría cuadrarles mejor que el de mal educados o perturbadores del orden, perturbados ellos en primer lugar y pervertidos por los espíritus burlones, seductores y maliciosamente embaucadores, que les hacían caer en la misma trampa del ridículo y del engaño que ellos mismos maquinaban para los demás?*²⁵.

Los *eversores*, eran una especie de gamberros que hacían desórdenes en las clases y tenían costumbres groseras. Agustín fue lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que por ese camino nunca podría triunfar. Y él, dentro de sus errores, quería triunfar en la vida y agradecer a sus padres y a Romaniano el esfuerzo que hacían por él.

²⁴ Conf. 3, 2, 2.

²⁵ Conf. 3, 3, 5-6.

MUERTE DE SU PADRE

El mismo año 371 de su llegada a Cartago murió su padre. Ya era catecúmeno desde el año anterior y había renunciado a su fe pagana. Se enfermó gravemente antes de terminar sus dos años de catecumenado y, ante la inminencia de la muerte, recibió las aguas del bautismo. Llevaba 17 años casado con Mónica y ésta se sintió feliz de verlo por fin bautizado y creyente en la fe católica.

Mónica le llegó a querer de verdad, sobre todo al verlo al final convertido y fiel. En Tagaste ella hizo construir un sepulcro junto al suyo para ser enterrada junto a él después de su muerte. De esta manera quería manifestar a sus hijos que quería estar junto a él eternamente, unidos por la fe y el amor. En Patricio había triunfado la gracia divina y ella quería seguir amándolo más allá de la muerte, en la plenitud de Dios y de la felicidad celestial. Agustín dirá que ella *consiguió ganarlo para Dios, no teniendo que lamentar en él, siendo ya fiel, lo que había tolerado siendo infiel*²⁶.

Sin embargo Mónica tenía la espina de Agustín que, no sólo no vivía la fe católica, sino que no le interesaba y vivía a su manera. Ese mismo año de la muerte de su padre, fue cuando se consiguió la convivente, una mujer de baja condición social con la que no podría casarse legalmente y con la que convivió 15 años. Al año siguiente 372 tuvo un hijo con ella y, aunque no fue deseado, llegó a quererlo mucho y le puso el nombre de Adeodato (A Deo datus, es decir, dado por Dios).

Mónica quedaba viuda en Tagaste, preocupada por la vida de Agustín y orando por él sin cesar. Agustín habla de su madre en varios lugares como de *viuda casta, piadosa y sobria*²⁷.

Vivió su viudez, pensando solamente en el bien de sus hijos y nietos, preocupándose por ellos, no sólo materialmente, sino sobre todo espiritualmente. Consiguió que varias nietas fueran religiosas y un nieto clérigo. Igualmente el santo nombra a dos primos suyos que estuvieron con él en Casiciaco en retiro y oración.

²⁶ Conf. 9, 9, 22.

²⁷ Conf. 3, 11, 20.

EL HORTENSIO

Mónica seguía enviando a su hijo el dinero para sus estudios. Dice Agustín que en el año 373, con sus 19 años, compró el libro *Hortensio* de Cicerón *con los dineros que le enviaba su madre*²⁸.

Este libro le hizo cambiar su manera de pensar y dedicarse con más ahínco al estudio para encontrar la sabiduría, o sea, la verdad y la felicidad. Escribe: *Su lectura realizó un cambio en mi mundo afectivo. También encaminó mis oraciones hacia Ti, Señor, e hizo que mis proyectos y deseos fueran otros. De golpe todas mis expectativas de frivolidad perdieron valor, y con increíble ardor de mi corazón ansiaba la inmortalidad de la sabiduría. Y comencé a levantarme para iniciar el retorno a Ti. Ya no leía para depurar mi estilo, a expensas del dinero que mi madre me hacía efectivo cuando tenía ya diecinueve años y dos años después de la muerte de mi padre. No releía aquel libro para dar más brillo a mis expresiones, ni me interesaba ya tanto su estilo elocuente como lo que contenía esta elocuencia.*

*¡Qué ardor sentía, Dios mío, qué ganas tenía de retornar por el vuelo hacia Ti desde las realidades terrenas, sin darme realmente cuenta de lo que estabas haciendo conmigo! Porque de hecho en Ti tiene su morada la sabiduría, y este amor a la sabiduría recibe en griego el nombre de filosofía. Aquel tipo de literatura me iba encendiendo en ese amor. Lo único que entibiaba en mí un fuego tan grande era no hallar en aquel libro el nombre de Cristo... Por eso, aunque este libro fuera una obra literaria seria y bien escrita, en el fondo no acababa de entusiasmarme del todo*²⁹.

Sin darse cuenta, al buscar la verdad, buscaba a Dios que es la fuente de toda verdad. Al no encontrar el nombre de Cristo, su corazón sentía que faltaba algo. Y seguía buscando...

²⁸ Conf. 3, 4, 7.

²⁹ Conf. 3, 4, 7-8.

CAPÍTULO TERCERO

AGUSTÍN MANIQUEO

MANIQUEO

De pronto le cayó una bomba al corazón de Mónica que la hizo explotar en lágrimas amargas. Se enteró que Agustín, en su afán de búsqueda de la felicidad y de la sabiduría, había abrazado la secta de los maniqueos. Era el año 373. Él tenía 19 años y permanecería entre ellos nueve largos años. Para Mónica fueron años de verdadero infierno, orando y llorando por la salvación de su hijo.

Agustín nos cuenta su experiencia: Vine a caer en manos de unos hombres sumamente orgullosos, superficiales y charlatanes a más no poder. En su boca sólo había trampas diabólicas y una especie de cinta pegajosa hecha a base de las sílabas de tu nombre, del de nuestro Señor Jesucristo y del Espíritu Santo Paráclito, consolador nuestro. Estos nombres estaban en sus labios, pero no pasaban de ser puros sonidos articulados por su boca y su lengua.

Por lo demás, su corazón estaba hueco y vacío de toda verdad. Y repetían insistentemente: verdad, verdad. Me hablaban muchas veces de ella, pero nunca se hallaba en ellos, sino que sus palabras eran pura falsedad. No sólo lo que decían de Ti, que eres realmente la Verdad, sino también de los elementos de este mundo, creación tuya. Acerca de estos elementos, tuve que dejar de lado los argumentos de los filósofos, incluso cuando han formulado la verdad sobre ellos. Debí hacerlo por amor tuyo, Padre mío, Bien supremo, Belleza de toda belleza.

¡Ay Verdad, Verdad! ¡Cuán íntimamente suspiraban por Ti en aquel entonces las fibras más íntimas de mi corazón, cuando aquellos hombres repetían a mis oídos, frecuentemente y de mil maneras, los ecos de tu nombre, primero sólo de palabra y luego en numerosos y enormes libros!

Estos eran los platos en que me servían a mí, hambriento de Ti, un manjar que no eras Tú, sino el sol, la luna, bellezas salidas de tus manos, pero, al fin y al cabo, obras tuyas... De este tipo de boberías yo me alimentaba por aquel entonces y en realidad me quedaba en ayunas. Pero Tú, amor mío, ante quien me siento cansado para ser fuerte, no eres ninguno de estos cuerpos que contemplamos aunque sea en el cielo, ni ninguno de los otros que no veamos allí, porque eres el creador de todos ellos y no los cuentas entre tus creaciones más perfectas...

¡Pobre de mí! ¡Por qué escalones fui descendiendo hasta las profundidades del infierno! Estaba cansado y ardía de fiebre por la falta de verdad cuando te buscaba, Dios mío, no con el entendimiento del alma, sino con los sentidos de la carne. Pero Tú eras más íntimo que mi propia intimidad y más alto que lo más alto de mi ser...

Me vi sutilmente inducido a hacerles el juego a aquellos engañabobos que me hacían preguntas como éstas: ¿Cuál es el origen del mal? ¿Está Dios demarcado por una forma corporal? ¿Tiene pelo y uñas? ¿Son justos los que practican la poligamia, el homicidio y el sacrificio de animales? Y yo, que era analfabeto en esos temas, estaba hecho un lío³⁰.

ENSEÑANZA RETÓRICA EN TAGASTE

El año 374, terminados sus estudios en Cartago, regresó con su conviviente y su hijo a Tagaste para abrir una escuela y ganarse la vida. En ese momento de su vuelta estaba con toda la emoción de la nueva fe maniquea y convirtió al maniqueísmo a sus amigos Alipio, Romaniano, Honorato y algunos más.

Mónica, su madre, no podía tolerar que su propio hijo viniera a hacer de su casa un centro de difusión de la herejía y le prohibió la entrada en ella. Mónica se mostró fuerte. Lo quería mucho, mucho, pero si se convertía en su enemigo, tratando de convertirla a ella y a sus otros dos hijos y demás familiares, no estaba dispuesta a permitirlo. Entonces Agustín buscó la ayuda de su bienhechor Romaniano, a quien había convertido a la nueva fe, y fue a vivir a su casa.

Mónica estaba devastada por la actitud beligerante de Agustín contra los católicos. Sus oraciones, sacrificios y lágrimas se intensificaron, pues veía cercana y palpable la condenación de su hijo. Agustín nos dice: *Mi madre, tu fiel servidora, lloraba en tu presencia por mí mucho más de lo que lloran las madres la muerte física de sus hijos, porque por la fe y el espíritu que le habías dado ella veía mi muerte. Y Tú la escuchaste, Señor. La escuchaste y no despreciaste sus lágrimas que profusamente regaban la tierra allí donde hacía oración. Tú la escuchaste. Porque si no, ¿cómo explicar aquel sueño con que la consolaste hasta el punto de readmitirme a vivir y compartir con ella la mesa y el hogar que había comenzado a negarme ante el horror y el rechazo que le provocaban las blasfemias de mi error?*³¹.

³⁰ Conf. 3, 7, 12.

³¹ Conf. 3, 11, 19.

Lo que vio en sueños es que ella se encontraba sobre una regla de madera y un joven resplandeciente, alegre y risueño, se le acercaba a ella, que estaba llena de tristeza y amargura. Al preguntarle este joven el porqué de su tristeza y de sus lágrimas de cada día, no con ánimo de enterarse, como ocurre de ordinario, sino con intención de aconsejarla, y al responderle ella que lloraba mi perdición, le mandó que se tranquilizase y observara con atención que donde ella estaba ahora, allí estaba yo también. Cuando ella fijó su vista en este punto, me vio a su lado de pie sobre la misma regla...

Recuerdo que, al contarme mi madre esta visión, y al tratar yo, por mi parte, de convencerla de que no perdiera las esperanzas de que un día andando el tiempo ella sería lo que yo era en la actualidad, al momento y sin dudar lo más mínimo, me respondió: “No me dijo que donde está él también estas tú, sino donde estas tú, allí está él”...

Me impresionó más esa respuesta que el sueño mismo con que anunciaste a esta piadosa mujer con tanta anticipación y para consolar sus inquietudes, lo que había de realizarse mucho más adelante.

Transcurrieron casi nueve años. Seguí revolcándome en el barro y en las tinieblas de la falsedad con débiles intentos de levantarme. Pero la caída era cada vez más grave. Ella seguía siendo la viuda casta, piadosa y sobria, como tú las quieres. La esperanza la tenía más animada, pero no por ello descuidaba sus lágrimas y lamentos, ni cesaba de llorar por mí ante Ti, en todos sus momentos de oración. Y sus plegarias llegaban a tu presencia, aunque Tú dejabas que me revolcara en aquella oscuridad que me envolvía.

En este lapso de tiempo, volviste a dar otra respuesta a mi madre por medio de un sacerdote tuyo, obispo además, educado en tu Iglesia y conocedor de tus Escrituras.

Al rogarle mi madre para que hablara conmigo, rebatiera mis errores, me desengañara de mi mala vida y me adoctrinara en el bien —costumbre que practicaba cuando se encontraba con alguien dispuesto a escucharle—, este hombre no consideró oportuno acceder a sus demandas, y creo que con buen criterio por lo que pude observar más adelante. Por toda respuesta le dijo que yo me oponía a todo consejo, porque estaba orgullosamente convencido de la herejía maniquea, que consistía en atribuir la creación a dos principios, uno esencialmente bueno, Dios, y el otro, esencialmente malo, el diablo, la materia, las tinieblas. Además, tenía referencias de que yo había confundido y envenenado a muchos ignorantes suscitando algunas polémicas de menor cuantía. Las referencias, ella misma se las había dado. “Déjale como está, dijo.

Limitate a pedir al Señor por él. Él mismo en sus lecturas irá viendo por sí mismo en qué errores y en qué clase de impiedad se halla metido”.

Al mismo tiempo le contó el obispo su experiencia personal: siendo niño, su misma madre engañada, le había puesto en manos de los maniqueos. Y eso que él no se había limitado sólo a leer la casi totalidad de sus libros, sino que incluso los había copiado. Pues bien: él mismo, sin necesidad de argumentos ni convicciones ajenas, había visto clara la necesidad de apartarse definitivamente de aquella secta. Por eso la abandonó.

*Pero como mi madre no se tranquilizaba ni a pesar de las manifestaciones de este hombre, sino que seguía insistiendo y llorando mucho para que tuviera una entrevista conmigo para tratar este asunto, ya cansado de su insistencia, le dijo: “Anda, vete y que vivas muchos años. **Es imposible que se pierda el hijo de tantas lágrimas**”. Esta respuesta sonó en sus oídos como un anuncio celestial, según me contó muchas veces cuando charlaba conmigo ³².*

En las palabras de Agustín que acabamos de anotar, vemos claro cómo ella lloraba por mí mucho más de lo que lloran las madres de la muerte física de sus hijos... y no descuidaba sus lágrimas y lamentos, ni cesaba de llorar por mí ante Ti en todos tus momentos de oración.

Y vemos cómo Dios mismo, en una visión, le revela el futuro de que su hijo se convertirá y estará donde ella estaba. Esto le dio mucha esperanza y no se olvidó de este mensaje divino a través de los años, hasta que se cumplió, pero esto no le quitó, sino que aumentó, sus deseos de seguir orando y llorando por su hijo. Además tenía la confirmación del santo obispo de que era imposible que se perdiera un hijo de tantas lágrimas. Y con esta esperanza aceptó a su hijo maniqueo a vivir en su casa con su compañera y su hijo.

MUERTE DE UN AMIGO

Un suceso que estremeció el corazón de Agustín fue la muerte de un gran amigo suyo, de su misma edad, que se convirtió al cristianismo y, aunque Agustín trató de desanimarlo, el amigo se mantuvo firme y le dio ejemplo de valor cristiano.

Dice Agustín: Apenas comencé a dar clases en mi ciudad natal, adquirí un amigo que llegué a querer mucho por ser condiscípulo de mi misma edad y hallarnos ambos en la flor de la juventud. Juntos habíamos crecido desde niños,

³² Conf. 3, 11y 3, 12.

juntos habíamos jugado... Yo había apartado a mi amigo de la verdadera fe que, al ser él adolescente, no tenía en él base ni raíz. Había logrado arrastrarlo hacia las fábulas supersticiosas y fatales que eran la causa de las lágrimas de mi madre. La mente de este joven estaba conmigo en el error y mi alma no podía vivir sin él.

Pero he aquí que Tú, yendo al alcance de estos dos fugitivos tuyos, te lo llevaste de esta vida cuando apenas hacía un año que yo disfrutaba de su amistad. Este amigo mío era para mi más entrañable que todos los placeres de aquella época de mi vida...

Al estar atacado por una fuerte fiebre, privado de sentido y con un sudor mortal, se temió por la vida de mi amigo y se le administró el bautismo en estado de inconsciencia. Yo apenas si le di importancia a este gesto, convencido de que su alma conservaría con mayor firmeza lo que había aprendido de mí y no lo que había recibido mediante ese rito sin él saberlo.

Pero sucedió exactamente lo contrario. Luego que se repuso y pasó la convalecencia, le volvieron las fuerzas y pude hablar con él, pues no me aparté ni un momento de su lado y nuestro grado de dependencia mutua era muy grande. En presencia suya y creyendo que iba a estar de acuerdo conmigo, traté de ridiculizar el bautismo que había recibido inconscientemente y privado de los sentidos, una vez que le habían informado ya de la administración del sacramento.

Reaccionó ante mí con horror, mirándome como a un enemigo, y me advirtió con una espontaneidad tan admirable como inesperada que, si quería seguir siendo amigo suyo, me abstuviera de hablar de este modo. Yo, lleno de asombro y confusión, calmé mis ímpetus esperando que mejorara y que, una vez recuperada la salud, estuviese preparado y dispuesto a tratar conmigo todos los temas que fueran de mi agrado. Pero Tú, Señor, le salvaste de mi locura y te lo guardaste para mi consuelo. Pocos días después, en ausencia mía, le volvió la fiebre y murió.

¡Qué angustia ensombreció mi corazón! Todo cuanto veía era muerte. Mi ciudad natal se convirtió en un suplicio, la casa de mis padres era un tormento insufrible. Todo lo que con él había compartido se convirtió en una tortura espantosa. Mis ojos lo buscaban con ansia por todas partes, pero estas ansias se frustraban. Llegué a odiarlo todo, porque todo estaba vacío sin él. Ya no podían decirme: “Mira, ahí está”, como cuando él regresaba después de alguna ausencia.

Estaba yo hecho un lío. Me dirigía a mi alma para preguntarle por qué estaba triste y alterada hasta ese punto, pero mi alma no tenía respuestas que darme. Y si yo le replicaba: “Espera en Dios”, se me rebelaba, y no le faltaba razón, porque aquel amigo íntimo que había perdido era más real y auténtico que el fantasma del dios de los maniqueos. Sólo el llanto me resultaba dulce...³³.

*Al haber muerto aquel a quien yo había amado como si nunca fuera a morir, me parecía raro que el resto de los mortales siguiera viviendo. Y mi extrañeza era aún mayor ante el hecho de seguir viviendo yo mismo, que era como un doble de su persona. ¡Qué expresión más feliz la de aquel que dijo de su amigo que era **la mitad de su alma!** Siempre tuve la impresión de que mi alma y la suya era una sola alma en dos cuerpos. Por eso, la vida me resultaba terrible. Por un lado, no me sentía con ganas de vivir a medias. Por otro, le tenía mucho miedo a la muerte, quizá para que no muriera en su totalidad aquél a quien yo había amado tanto³⁴.*

Todo me resultaba repulsivo, hasta la misma luz. Todo lo que no era él me resultaba pesado, abrumador. Todo menos los lamentos y las lágrimas. Sólo en ellas encontraba un pequeño alivio. Y cuando a mi alma se le impedía poder llorar, entonces era cuando sentía el agobio tremendo de mi miseria.

Yo sabía, Señor, que tenía que elevar mi alma hasta Ti para que sanara. Pero ni quería ni podía, porque cuando pensaba en Ti, no eras para mí algo sólido y consistente, porque no eras Tú. Mi Dios era un fantasma hueco y mi propio error³⁵.

Su madre Mónica vivía angustiada por él. Ella no comprendía que Dios iba purificando el corazón de Agustín de las miserias y limitaciones de este mundo, incluso de los buenos amigos. Para él fue un desastre interior. No podía comprender el por qué, no podía creer en un Dios bueno y providente. Y como vivía en la casa de su madre, Mónica se sentía impotente para ayudarle, porque él no la escuchaba. Se creía superior a todos. Sin embargo, en algún momento aceptaría su cariño y su consuelo. Agustín seguiría pensando: ¿Dónde está la felicidad? ¿Dónde está la sabiduría? ¿Dónde está el Dios amoroso de la fe de mi madre? Hasta tal punto llegó su desilusión de las cosas de este mundo, que decidió huir de su pueblo natal y con la ayuda de Romaniano se fue a Cartago donde abrió una escuela de retórica.

³³ Conf. 4, 4, 7-9.

³⁴ Conf. 4, 6, 11.

³⁵ Conf. 4, 7, 12.

DE NUEVO EN CARTAGO

Poco a poco se le fue curando la herida de la muerte de su gran amigo y fue haciendo nuevos amigos. Dice: *Había en mis amigos cosas que me hacían cautivadora su compañía: charlar y reír juntos, servirnos mutuamente unos a otros, leer en común libros bien escritos, bromear dentro de los límites de la estima y respeto mutuos, discutir a veces, pero sin aspereza, como cuando uno discute consigo mismo. Incluso esta misma diferencia de pareceres, que por lo demás era algo poco frecuente, era la salsa con que aderezábamos muchos acuerdos. Instruirnos mutuamente en algún tema, sentir nostalgia de los ausentes, acogerlos con alegría a su regreso: estos gestos y otros por el estilo, que proceden del corazón de los que se aman y se ven correspondidos, y que hallan su expresión en la boca, lengua, ojos y otros mil gestos, muy gratos, eran incentivos que iban fundiendo nuestras almas en una sola*³⁶.

*Por aquellos años enseñaba yo oratoria. Víctima de la ambición, vendía palabrerías destinadas a cosechar laureles. Sin embargo, Tú sabes, Señor, que prefería tener buenos discípulos, pero buenos de verdad. Y yo sin engaños les enseñaba el arte de engañar, no para que lo utilizaran contra los inocentes, sino para valerse de estas técnicas de modo eventual en favor de algún culpado*³⁷.

DECEPCIÓN DE LOS MANIQUEOS

Después de estar metido nueve años en la secta maniquea buscando la verdad y la felicidad, Agustín empezó a dudar de todo. Ya tenía 28 años y no había llegado en tanto tiempo a descubrir la verdad que ellos tanto proclamaban.

Su madre seguía orando sin cesar; y mucho más desde que se apartó de su lado y vivía aparte en Cartago con su compañera y su hijo Adeodato. Ella no estaba tranquila. Por una parte tenía esperanza de que Dios cumpliría la promesa que le había hecho en aquella visión de la regla. Por otra, cada día que pasaba y no había novedad, se sentía angustiada, pensando qué pasaría si se moría él sin descubrir la verdad. Agustín era un hereje, que luchaba contra los católicos y conseguía grandes victorias al convertir a su fe a muchos de sus amigos y discípulos. Y esto también le preocupaba a Mónica, pues se sentía madre de todos ellos también.

Agustín refiere sus sentimientos y cómo se decepcionó de los maniqueos: *Fuimos seducidos y seductores, engañados y engañadores, como juguetes de*

³⁶ Conf. 4, 8, 13.

³⁷ Conf. 4, 2, 2.

nuestros apetitos contradictorios. En público, a través de aquellas disciplinas que se llaman liberales. A escondidas, a nombre de una pseudo religión. En un sitio éramos orgullosos; en otro, supersticiosos; y en todos estábamos vacíos. Por un lado, andábamos a la caza de fama popular vacía, de los aplausos del teatro, de los certámenes poéticos, de la lucha por coronas de paja, de los espectáculos, de las frivolidades y del desborde de las pasiones. Por otro, deseábamos la purificación de semejantes inmundicias, llevando alimentos a los llamados “elegidos” y “santos” para que fabricaran ángeles en sus estómagos y dioses que nos liberaran. También yo iba detrás de esas aberraciones maniqueas y las practicaba con mis amigos, engañados conmigo y por mí³⁸.

Voy a declarar en presencia de Dios lo que me ocurrió a los veintinueve años. Acababa de llegar de Cartago cierto obispo maniqueo, llamado Fausto, gran trampa del diablo. Eran muchos los que caían en sus redes, hechizados por su elocuencia y estilo elegante. También yo era de los que alababa en exceso su bello modo de hablar, pero sabía distinguir bien entre la oratoria y la verdad real. Y lo que a mí me interesaba era la verdad. No me llamaba la atención el valor artístico de los recursos con que me servía el manjar del lenguaje. Lo que me importaba era el contenido doctrinal que me ofrecía aquel mentado Fausto.

Ya tenía yo referencias sobre la fama de este hombre. Me lo habían presentado como un personaje muy conocedor de todas las bellas artes y especialmente erudito en las artes liberales.

Como yo había leído mucho sobre temas filosóficos y retenía muchos de sus contenidos en la memoria, hacía que me sirvieran parcialmente como punto de referencia frente a las confusas invenciones de los maniqueos. Me parecían más dignas de crédito las reflexiones de los filósofos ya conocidos. Estos fueron capaces de aproximarse a una concepción bastante acertada del mundo, aunque no llegaron a descubrir a su autor. Porque Tú eres grande, Señor, y fijas tu mirada en los humildes, mientras que a los que son orgullosos los miras desde lejos³⁹.

En estos nueve años aproximadamente en que como un vagabundo presté oídos a los maniqueos, estuve esperando con ansiedad la llegada de aquel anunciado Fausto⁴⁰.

³⁸ Conf. 4, 1, 1.

³⁹ Conf. 5, 3, 3.

⁴⁰ Conf. 5, 6, 10.

Tan pronto como llegó Fausto, vi que era un hombre lleno de simpatía, de grata conversación, que decía lo mismo que los otros, pero con más dulzura y desenfadado...

Cuando, por fin, se me ofreció una oportunidad, en compañía de unos amigos, comencé a hablarle en ocasión y lugar más oportunos. Le puse algunas objeciones que me tenían preocupado. Entonces fue cuando me di cuenta, por vez primera, de que era un sujeto que carecía de la cultura que dan las artes liberales. De gramática entendía algo, pero se limitaba a los conocimientos más corrientes. Sin embargo, como había leído algunos discursos de Marco Tulio, algún que otro libro de Séneca, fragmentos aislados de poetas y algunos libros que la secta tenía escritos en latín elegante, y como, por otra parte, practicaba a diario el ejercicio de hablar, había llegado a adquirir facilidad de palabra. A esta facilidad de expresión había que añadir la agudeza de ingenio y cierta gracia natural. Todo ello contribuía en conjunto a complacer y seducir más al auditorio ⁴¹.

Una vez que pude comprobar que aquel tipo era ignorante en aquellas artes en que yo le creía una eminencia, comencé a perder las esperanzas de que fuera capaz de despejar y resolver las incógnitas que me tenían angustiados...

Rotas, pues, las ilusiones que tenía depositadas en los libros de Manes, y desconfiando mucho más del resto de los sabios maniqueos, visto que el más famoso de todos había demostrado su ignorancia en muchos de los problemas que me tenían preocupado, continué mis relaciones con él dado el interés que había mostrado por las enseñanzas literarias, que por aquel entonces yo impartía a mis jóvenes alumnos de Cartago, en calidad de profesor de Oratoria. También hacíamos lecturas que unas veces escogía él y otras yo, seleccionando las más adecuadas a su nivel cultural.

Todos los proyectos que me había forjado acerca de mi promoción personal en la secta se vinieron abajo. Sin embargo, no rompí del todo. Al no encontrar otra cosa mejor que aquellas doctrinas en que me había precipitado un poco a lo loco, tomé la resolución de quedarme de momento en la secta hasta que apareciera algo mejor. De manera que aquel Fausto, que fue una trampa mortal para muchos, sin quererlo ni saberlo, fue quien comenzó a aflojar los lazos que me tenían preso ⁴².

⁴¹ Conf. 5, 6, 10-11.

⁴² Conf. 5, 7, 12-13.

MARCHA A ROMA

Mónica mientras tanto estaba ajena a las luchas interiores desatadas en el alma de Agustín, pero seguía orando y Dios seguía minando los obstáculos que le impedían a él llegar a la verdad. Seguía siendo maniqueo, pero sin convencimiento. Después de varios años de estar como profesor de retórica en Cartago decidió ir a Roma, porque los alumnos cartagineses eran muy alborotadores, mientras que le habían asegurado que los de Roma eran más tranquilos. Su madre, al enterarse de que se iba a Roma, quiso impedirselo. Quería tenerlo lo más cerca posible. Y fue corriendo a Cartago para hacerle desistir de la idea. Ella creía que cuanto más lejos, más perdido estaría sin la mínima supervisión y sin noticias de su parte. Por eso, le insistía en que no se fuera, pero Agustín lo tenía decidido y lo consiguió con engaños.

Escribe: Mi madre lloró amargamente mi partida y me fue siguiendo hasta el mar. Yo la engañé cuando estaba fuertemente abrazada a mí tratando de convencerme de que desistiera de mi propósito o le permitiera venir en mi compañía. Inventé el pretexto de que no quería dejar solo a un amigo que esperaba vientos favorables para zarpar. Así engañé a mi madre y a tal madre y me escapé⁴³.

Como, a pesar de todo, mi madre se negaba a volver sin mí, apenas si logré convencerla de que aquella noche se quedara en un lugar cercano a nuestra nave, donde había una capilla dedicada a la memoria de san Cipriano. Y aquella misma noche me escapé a escondidas, y ella se quedó en tierra rezando y llorando.

Y ¿qué era lo que te pedía, Dios mío, con tantas lágrimas, sino que no me dejases navegar? Pero tú, mirando las cosas desde un punto más alto y escuchando en el fondo su deseo, no cuidaste de lo que entonces te pedía para hacerme tal como siempre te pedía⁴⁴.

Sopló el viento, hinchó nuestras velas y desapareció de nuestra vista la playa, en la que mi madre, a la mañana siguiente, enloquecía de dolor, llenando de quejas y gemidos tus oídos, que no los atendían, antes bien me dejabas correr tras mis pasiones para dar fin a mis concupiscencias y castigar en ella con el justo azote del dolor su deseo carnal. Porque también como las demás madres y, aún mucho más que la mayoría de ellas, deseaba tenerme junto a sí sin saber los grandes gozos que tú la preparabas con mi ausencia. No lo sabía y, por eso lloraba y se lamentaba... Por fin, después de haberme acusado de mentiroso y

⁴³ Conf. 5, 8, 15.

⁴⁴ Ibidem.

mal hijo y haberte rogado de nuevo por mí, se volvió a su vida ordinaria y yo a Roma ⁴⁵.

Cuando llegué a esta ciudad, me azotó una grave enfermedad corporal. Ya me veía ir al sepulcro con la carga de todas las maldades que había cometido... Ninguna de ellas me habías perdonado en Cristo todavía, ni éste había dado muerte en su cruz a la maldad que contigo había contraído por mis pecados. ¿Cómo iba a darle muerte aquel fantasma que colgaba de la cruz, tal como concebía yo a Cristo por aquel entonces? Cuanto más falsa me parecía la muerte de su cuerpo, más verdadera era la muerte de mi alma. Y cuanto más verdadera era la muerte de su cuerpo, más falsa era la vida de mi alma. Pero no creía en nada de esto.

Al agravarse la fiebre, me sentía a punto de irme y de morir. Pero, ¿adónde iba a irme, de producirse mi muerte, sino al fuego y a los tormentos que había ganado con mis malas acciones, según la norma de tus mandamientos?

Mi madre no estaba enterada de esta situación, pero ausente oraba por mí. Tú que estabas continuamente presente donde ella estaba, la oías. Donde estaba yo, tenías piedad de mí para que recobrase mi salud corporal, pero continuando aún la enfermedad de mi corazón impío.

El caso es que ni siquiera en aquel trance tan peligroso, deseaba tu bautismo. Era más bueno de niño, cuando con insistencia lo solicité de mi buena madre. Había crecido para vergüenza mía, pero Tú no consentiste que muriera en tal estado, lo que hubiera sido como morir dos veces. Si el corazón de mi madre sufría un desgarrón de este tipo, ya no tendría recuperación posible. No tengo palabras para describir el gran amor que me tenía y ponía más empeño en darme a luz espiritualmente que cuando me dio a luz en mi cuerpo.

Así que no acabo de ver cómo hubiese podido sanar, si mi muerte en tal estado hubiese traspasado las entrañas de su amor. ¿Dónde estarían ahora tantas y tantas oraciones que sin cesar te dirigía? Por supuesto que muy cerca de Ti y en ninguna otra parte. Tú, Dios de las misericordias, ¿ibas a despreciar el corazón apenado y humillado de una viuda casta y sobria, que hacía tantas limosnas, que era la obsequiosa servidora de tus santos, que ni un solo día se olvidaba de presentar su ofrenda ante tu altar, que mañana y tarde iba a tu iglesia, sin fallar nunca, y no para dedicarse a conversaciones tontas ni a chismes de viejas, sino para oír tu palabra en los sermones y para que Tú escucharas sus oraciones?

⁴⁵ Conf. 5, 8, 15.

¿Habías tú de despreciar las lágrimas con que ella te pedía, no oro, ni plata, ni bien alguno frágil y mudable, sino la salud de su hijo? ¿Habrías tú de despreciarla y negarle tal auxilio? De ningún modo, Señor; antes estabas presente a ella y la escuchabas y hacías lo que te pedía, mas por el modo señalado por tu providencia.

No era posible, no, que tú la engañaras en aquellas visiones y respuestas que le habías dado de alguna de las cuales hemos hablado ya y otras que paso en silencio, las cuales conservaba ella fielmente en su pecho y te las recordaba en sus oraciones como firmas de tu mano, que debías cumplir. Porque, aunque tu misericordia es infinita, tienes a bien hacerte deudor con promesas de aquellos mismos a quienes tú perdonas todas sus deudas ⁴⁶.

Agustín sanó y vivió en Roma en casa de un maniqueo, donde tuvo la oportunidad de conocer de cerca a algunos de los jefes. Quedó más decepcionado aún que de su entrevista con el gran maestro Fausto. Pudo conocer por propia experiencia cómo algunos de los jefes se las daban públicamente de santos y eran mentirosos y lujuriosos, y llevaban una vida de escándalo. Esto le hizo decidirse a salir de la secta, aunque todavía no encontraba el camino de la verdad.

Siguió viviendo un tiempo en casa del maniqueo, aunque en su corazón ya no se sentía miembro de la secta. Seguía externamente aparentándolo, porque no sabía qué decisión tomar. Nos dice: *Con los integrantes de esta secta tenía una familiaridad mayor que con las demás personas que no pertenecían a ella. Ya no la defendía con el entusiasmo de antes, pero el trato con sus adeptos aumentaba en mí la flojera por buscar otra cosa, sobre todo en aquel momento en que había perdido la esperanza de hallar la verdad en tu Iglesia, de la que ellos me habían apartado.*

Desesperando ya de poder hacer algún progreso en aquella falsa doctrina, y aun de las mismas cosas que había determinado conservar hasta no hallar algo mejor, profesábalas ya con tibieza y negligencia. Por este tiempo se me vino a la mente la idea de que los filósofos que llaman académicos habían sido más prudentes por tener como principio que se debe dudar de todas las cosas y que ninguna verdad puede ser comprendida por el hombre ⁴⁷.

Agustín se sentía insatisfecho consigo mismo y, después de dos años de estar en Roma, decidió ir a Milán, la capital del imperio romano de occidente en ese tiempo. Los emperadores habían establecido allí su residencia desde el año

⁴⁶ Conf. 5, 9, 16-17.

⁴⁷ Conf. 5, 10, 18-19.

305 y estuvieron hasta el 402, cuando el emperador Honorio estableció la corte en Rávena.

Una de las causas de su salida de Roma era también que sus alumnos, más tranquilos que los de Cartago, no pagaban. Además se presentó la oportunidad de tener un buen puesto en Milán, al quedar vacante la cátedra de retórica. Después de salir airoso de un examen previo, consiguió que Símaco, prefecto de Roma, se la concediera. Así pasaba de ser profesor particular a profesor oficial con un buen sueldo del Estado.

SUEÑOS DE AGUSTÍN

Era el año 384. Agustín tenía 30 años y soñaba. *Tenía vivísimos deseos de honores, riquezas y matrimonio y Tú te reías de mí. Y en estos deseos padecía amarguísimos trabajos, siéndome Tú tanto más propicio cuanto menos consentías que hallase dulzura en lo que no eras Tú*⁴⁸.

Se decía así mismo: *Ya queda poco tiempo para obtener algún título honorífico. ¿Hay más que pedir? Cuento con un buen número de amigos influyentes. Sin llevar las cosas con demasiada precipitación te pueden dar una presidencia. Me casaré con una mujer de buena posición económica, para no cargar excesivamente mis gastos. Todo ello será la culminación de mis ambiciones*⁴⁹.

PROFESOR EN MILÁN

Llegó a Milán con muchas ilusiones humanas en su cabeza. Empezaba a ser conocido en la capital del imperio y el futuro parecía sonreírle. Seguía viviendo con su compañera, la madre de Adeodato, pero ya pensaba en casarse con una mujer de su estado social, pues con ella no podría casarse legalmente y sería un impedimento para su carrera.

En Milán se encontró con el obispo Ambrosio, muy querido por los católicos y respetado incluso por las autoridades paganas. Agustín le hizo una visita protocolar para presentarse como el nuevo profesor de retórica de la ciudad. El obispo lo recibió cordialmente y hubo entre ambos una relación amistosa. Seguramente le contó que él venía de una familia católica, lo que afianzó su amistad, teniendo muchas cosas en común.

⁴⁸ Conf. 6, 6, 9.

⁴⁹ Conf. 6, 11, 19.

Él nos cuenta: *Llegué a Milán y me encontré con Ambrosio, obispo, célebre y popular en todas partes entre los mejores y tu servidor piadoso. Sus elocuentes sermones proporcionaban generosamente al pueblo la flor de la harina, la alegría de tu aceite y la sobria embriaguez de tu vino... Aquel hombre de Dios me acogió paternalmente, y con afabilidad se interesó por los pormenores de mi viaje. Por mi parte comencé a estimarle, pero inicialmente no lo hice como a maestro de la verdad, pues no tenía la más mínima esperanza de hallarla en la Iglesia. Lo estimé principalmente por su benevolencia para conmigo*⁵⁰.

*Oíale predicar al pueblo rectamente la palabra de la verdad todos los domingos, confirmándome más y más en que podían ser sueltos los nudos todos de las maliciosas calumnias que aquellos engañadores nuestros (maniqueos) levantaban contra los libros sagrados (de la Biblia)*⁵¹.

Poco a poco, escuchando sus enseñanzas, comprendió que no era tan disparatado aceptar aquellas ideas de la fe católica que Ambrosio explicaba en sus sermones. Por fin, decidió apartarse definitivamente de los maniqueos y rechazar a la secta como falsa, aunque todavía no tuviera nada seguro. Afirma: *Dudando de todas las cosas y fluctuando entre todas, según costumbre de los académicos, determiné abandonar a los maniqueos, juzgando que durante el tiempo de mi duda no debía permanecer en aquella secta a la que anteponía ya algunos filósofos a quienes, sin embargo, no quería encomendar de ningún modo la curación de las heridas de mi alma por no hallarse en ellos el nombre saludable de Cristo.*

CAPÍTULO CUARTO

MÓNICA EN BUSCA DE AGUSTÍN

MÓNICA EN MILÁN

Mónica no conocía las luchas interiores que se desarrollaban en el corazón de Agustín. No conocía sus sueños e ilusiones humanas, pero seguía orando. Recordemos que había quedado profundamente herida por el desplante de su hijo al irse furtivamente a Roma, dejándola en la playa. Ella no sabía que él había estado gravemente enfermo en Roma, pero sus oraciones por su hijo tocaban constantemente el Corazón de Dios. Él dice: *Ella, ausente, oraba por mí. Y Tú,*

⁵⁰ Conf. 5, 13, 23.

⁵¹ Conf. 6, 3, 3.

que estabas continuamente presente donde ella estaba, la oías ⁵². *Estabas presente a ella y la escuchabas y hacías lo que te pedía, pero por el modo señalado por tu providencia. No era posible que tú la engañaras en aquellas visiones y respuestas que le habías dado* ⁵³.

No tengo palabras para describir el gran amor que me tenía y ponía más empeño en darme a luz espiritualmente que cuando me dio a luz en mi cuerpo ⁵⁴.

Mónica decidió después de los dos años que él había pasado en Roma, ir a visitarlo a Milán para saber qué era de su vida y no vivir permanentemente en la angustia de la duda.

Llegó a Milán en el verano del año 385 y nos dice Agustín: *A mí me encontró en una situación realmente crítica, cuando ya desesperaba de encontrar la verdad. Cuando le conté que ya no era maniqueo, aunque tampoco cristiano católico, no exteriorizó su alegría como si la noticia no constituyera novedad alguna. Desde hacía tiempo estaba tranquila respecto a esta parte de mi desventura, que le hacía llorarme en tu presencia como a un muerto, pero como a un muerto que iba a resucitar...*

Por eso su corazón no se estremeció de alegría incontrolada al enterarse de la realización parcial, pero importante, de lo que diariamente te pedía con lágrimas que sucediera: yo no había conquistado aún la verdad, pero ya me había liberado de la falsedad. Más aún, como ella estaba segura de que también le ibas a conceder lo que faltaba, ya que lo habías prometido todo, me respondió con la mayor tranquilidad del mundo y con el corazón lleno de confianza que estaba segura en Cristo de que antes de salir de esta vida, iba a verme católico creyente.

Esa fue la respuesta que me dio a mí. Pero, por otro lado, frente a Ti, fuente de misericordias, intensificó sus oraciones y sus lágrimas para que aceleraras tu ayuda y alumbraras mis tinieblas.

Asimismo acudía con mayor entusiasmo a la iglesia, quedando extasiada ante los labios de Ambrosio como ante un surtidor de agua viva que brota hasta la vida eterna. Amaba a aquel hombre como a un ángel de Dios desde el momento en que supo que por medio de él yo había llegado a aquella situación de incertidumbre, que iba a ser como una etapa transitoria entre la enfermedad

⁵² Conf. 5, 9, 16.

⁵³ Conf. 5, 9, 17.

⁵⁴ Conf. 5, 9, 16.

y la salud, una vez superado el momento de mayor peligro, algo así como ese momento de la enfermedad que los médicos califican de crítico ⁵⁵.

Mi madre lo amaba (a Ambrosio) de corazón por su influencia en mi salvación y él la apreciaba a ella por su buen talante, por la vida piadosísima con que asistía asiduamente a la iglesia y por el gran fervor espiritual de sus buenas obras. Siempre que Ambrosio me veía, prorrumpía en alabanzas tuyas, felicitándome por tener una madre como ella ⁵⁶.

Cuando la emperatriz Justina, madre del emperador Valentiniano todavía niño, quiso darles a los arrianos una iglesia y el obispo Ambrosio se opuso tenazmente, ella y otros fieles católicos permanecieron encerrados día y noche durante nueve días junto con el obispo para defender su iglesia. Y dice Agustín: *Allí se hallaba mi madre, tu sierva, la primera en solicitud y en las viglias, que no vivía sino para la oración ⁵⁷*. No vivía sino para la oración, es decir, que la oración era su pan noche y día. Su vida era una oración continuada por su familia, por la iglesia y, en especial, por Agustín, el hijo descarriado.

Él pudo decir a su madre: *Yo sé cuánto me amas ⁵⁸*.

OBEDIENCIA DE MÓNICA

Mónica manifestó su obediencia a las autoridades eclesiásticas en el asunto de las ofrendas a los difuntos. Ella tenía mucha devoción a los santos y especialmente a los mártires y con frecuencia iba en peregrinación a sus sepulcros y el día de su fiesta llevaba canastillas de pan, vino y viandas, que depositaba sobre sus sepulcros y, después de tomar algo en su nombre, el resto lo daba a los pobres. Agustín dice que ella, *viuda casta y sobria hacía tantas limosnas que era la obsequiosa servidora de tus santos y ni un solo día se olvidaba de presentar su ofrenda ante el altar ⁵⁹*.

Siguiendo las costumbres de África, mi madre, fue a llevar a las tumbas de los mártires una ofrenda de manjares, pan y vino. El guardián le salió al paso y se lo impidió. Cuando ella se enteró de que el obispo había prohibido este tipo de ofrendas, acató esta decisión con espíritu de fe y obediencia. Yo mismo quedé admirado de la facilidad con que mi madre se convirtió más en acusadora de aquella costumbre que ella tenía que en censuradora de semejante prohibición.

⁵⁵ Conf. 6, 1, 1.

⁵⁶ Conf. 6, 2, 2.

⁵⁷ Conf. 9, 7, 15.

⁵⁸ Sobre el orden 1, 11, 32.

⁵⁹ Conf. 5, 10, 18.

Ella, por el contrario, al llevar la canasta con los manjares rituales que habían de ser repartidos y comidos, no ponía más que un vasito de vino rebajado, muy de acuerdo con sus gustos harto sobrios. De este vasito iba haciendo pequeñas libaciones para hacer los honores. Si eran muchos los sepulcros de los difuntos a los que tenía que rendir este tipo de homenaje, iba paseando el vaso, este mismo vaso, por todos ellos. En este caso, colocaba un vino aguado y sin fuerza, que ella repartía en pequeños sorbos entre los allegados presentes, porque buscaba la devoción y no su propio gusto.

Pues bien, tan pronto como averiguó que este popular predicador y maestro de piedad había determinado que la práctica no siguiera adelante, ni siquiera por parte de aquellos que la realizaban dentro del marco de la sobriedad, para no dar ocasión a los excesos de embriaguez de algunos, y también por el hecho de que estas prácticas, al estilo de las fiestas en honor a los muertos, se parecían muchísimo a la superstición de los paganos, ella se abstuvo de buen grado. En vez de la canasta llena de frutos de la tierra, aprendió a llevar a los sepulcros de los mártires su corazón lleno de ofrendas más puras. Aprendió asimismo a dar lo que podía a los pobres. De este modo, celebraba allí la comunión del cuerpo del Señor, a ejemplo de cuya pasión fueron inmolados y coronados los mártires ⁶⁰.

Tal vez mi madre no hubiera cedido tan fácilmente de aquella costumbre, si la hubiese prohibido otro distinto de Ambrosio ⁶¹.

Mónica obedeció también en la cuestión del ayuno. Dice Agustín. Voy a indicar lo que me contestó a mí el venerable Ambrosio que fue quien me bautizó. Mi madre estaba conmigo en la ciudad. Nosotros como catecúmenos no nos cuidábamos de esto, pero ella se preguntaba con ansiedad si debía guardar (ayunar) el sábado, según la costumbre de nuestra ciudad o si había de comer según la costumbre de los milaneses. Para sacarla de dudas, pregunté yo a Ambrosio y él me dijo: “No puedo enseñar sobre ese punto más de lo que yo practico”. De ahí conjeturé que mandaba comer en sábado, pues sabía que tal era su práctica; pero él añadió: “Cuando estoy aquí, no ayuno en sábado; cuando voy a Roma, ayuno. A cualquier iglesia que vayáis, ateneos a sus costumbres, si no queréis causar ni padecer escándalo”. Llevé la respuesta a mi madre y le bastó y no vaciló en obedecer ⁶².

⁶⁰ Conf. 6, 2.

⁶¹ Conf. 6, 2, 2.

⁶² Carta a Casulano N° 36, 14, 32 y carta 54, 2, 3.

MÓNICA LE BUSCA ESPOSA

Hemos anotado anteriormente que Agustín tenía sueños de grandezas humanas y en su mente no podía entrar ni en sus peores pesadillas una vida sin la presencia de una mujer. Mónica, queriendo ayudarlo en su deseo de casarse con una esposa de su categoría social y poder así celebrar un matrimonio legal ante la sociedad, le aconsejó dejar a su compañera y buscar una verdadera esposa.

Así lo hizo pensando que era lo mejor para todos. La compañera aceptó resignada esta situación, comprendiendo los motivos. *Y se marchó a África tras hacer la promesa de no conocer a otro hombre y dejando en mi compañía al hijo natural que yo había tenido de ella*⁶³.

*Sin embargo, cuando apartaron de mi lado como impedimento para el matrimonio a aquella mujer con quien solía compartir el lecho, el corazón, rasgado precisamente en la parte por la que estaba pegado a ella, quedó llagado y manando sangre*⁶⁴.

*Pensaba que iba a ser muy desgraciado, si me veía privado de las caricias de una mujer, y no pensaba en la medicina de tu misericordia que sana esta enfermedad, porque no la había experimentado aún y creía que la continencia se conseguía con las propias fuerzas, las cuales echaba de menos en mí, siendo tan necio que no sabía lo que está escrito de que nadie es continente, si tú no se lo das*⁶⁵.

Había ya hecho la petición y ya se me había concedido la demanda sobre todo siendo mi madre la que principalmente se movía en esto, esperando que, una vez casado, sería regenerado por las aguas saludables del bautismo, alegrándose de verme cada día más apto para éste y que se cumplieran con mi fe sus deseos y tus promesas.

*Sin embargo, como ella, así por ruego mío como por deseo suyo, te rogase con fuerte clamor de su corazón todos los días de que le dices a conocer por alguna visión algo sobre mi futuro matrimonio, nunca se lo concediste... Con todo, insistíase en el matrimonio y habíase pedido ya la mano de una niña que aún le faltaban dos años para ser núbil; pero como era del gusto, había que esperar*⁶⁶.

⁶³ Conf. 6, 15, 25.

⁶⁴ Ibidem.

⁶⁵ Conf. 6, 11, 20.

⁶⁶ Conf. 6, 13, 23.

Él todavía no estaba maduro humanamente y debía esperar dos años hasta que la escogida tuviera la edad núbil. Esta edad núbil entre los romanos era doce años y la niña todavía tenía diez. Por eso, él decide tomar otra mujer, pues no podía vivir solo.

Nos dice: *Yo, desgraciado e incapaz de imitar a esa mujer, y no pudiendo sufrir la dilación de dos años que habían de pasar hasta recibir por esposa a la que había pedido, porque no era yo amante del matrimonio, sino esclavo de la sensualidad, me procuré otra mujer, no ciertamente en calidad de esposa... Pero no por eso sanaba aquella herida mía que se había hecho al arrancarme de la primera mujer, sino que, después de un ardor y dolor agudísimos, comenzaba a corromperse, doliendo tanto más desesperadamente cuanto más se iba enfriando*⁶⁷.

Sin embargo, era partidario de la fidelidad y a esta mujer también le fue fiel, como a la primera.

¿Qué hubiera sucedido si Agustín se hubiera casado o bien con la primera o con la niña escogida para un matrimonio definitivo? Entonces no hubiera podido ser religioso ni fundar conventos; no hubiera sido sacerdote ni menos obispo. Nos hubiéramos perdido al gran san Agustín como fundador, sacerdote, obispo y gran padre de occidente, pues hubiera debido, como esposo y quizás probablemente también como padre, dedicarse a trabajar para llevar adelante su familia.

En todo esto evidentemente, aunque por caminos que no entendemos, también el Señor guiaba la barca de Agustín. Primero alejó a la primera mujer para poder casarse con la nueva escogida; y no se casó con ella, como había previsto, porque en ese intervalo Dios le concedió la gracia de la conversión, que cambió totalmente sus planes humanos por los divinos.

La gracia concedida fue mucho más allá de lo que Mónica jamás hubiera imaginado. Ella quería verlo católico y bien casado. Y Dios le concedió que fuera católico y consagrado enteramente a él. ¿Qué hubiera dicho Mónica si hubiera vivido hasta ver a su hijo como gran obispo y paladín de los católicos de África? Con seguridad, desde el cielo siguió sus pasos, intercediendo por él. No olvidemos que Dios, no es un Dios de muertos, sino de vivos (Mc 1, 27).

⁶⁷ Conf. 6, 15, 25.

CAPÍTULO QUINTO CONVERSIÓN DE AGUSTÍN

LOS NEOPLATÓNICOS

Mónica seguía orando con intensidad por su hijo Agustín, segura de conseguir el triunfo. Pero Agustín todavía estaba muy lejos de la verdad. Leyó el libro de las *Enéadas* de Plotino (234-305) y le devolvió la esperanza de encontrar la verdad. Este libro le abrió su alma hacia las alturas del espíritu y pudo desembarazarse definitivamente de la idea de un Dios material.

Por primera vez en su vida pudo entender que Dios era un ser absoluto, verdad eterna, espíritu puro y cuyas obras eran todas buenas. Entonces comprendió el origen del mal, no en un dios malo, eterno y material, que hacía pecar al hombre sin responsabilidad de su parte, como decían los maniqueos, sino en nuestra mala voluntad. Él afirma que con las ideas maniqueas se había sentido libre de toda culpa. Dice textualmente: *Mi pecado más incurable era el no creerme pecador*⁶⁸.

Pero todavía le faltaba un largo camino hasta comprender que Cristo era Dios, por falta de humildad. Él mismo asegura: *Yo, que no era humilde, no tenía a Jesús humilde por mi Dios... La idea que yo tenía de mi Señor Jesucristo era la de un hombre extraordinariamente sabio, de un hombre inigualable*⁶⁹.

Empezó a estudiar las Escrituras, especialmente las cartas de san Pablo y Dios le abrió los ojos del alma para entenderlas. Así fueron desapareciendo algunas contradicciones e incoherencias que había encontrado. Dice: *Inicié la lectura de las Escrituras y descubrí que todo cuanto de verdad había leído (en los neoplatónicos) también se decía aquí, pero con garantía de tu gracia*⁷⁰.

SIMPLICIANO

Agustín estaba emocionado, estaba descubriendo en las Escrituras un tesoro escondido que jamás había soñado, pues las había despreciado, porque su lenguaje no era pulido como él hubiera deseado. Con ánimo de descubrir mejor los tesoros de la fe católica, fue a visitar y consultar a un sacerdote santo, que sucedería a san Ambrosio en la diócesis de Milán, llamado Simpliciano. Él

⁶⁸ Conf. 5, 10, 18.

⁶⁹ Conf. 7, 18, 24.

⁷⁰ Conf. 7, 21, 27.

escribe lo siguiente: *Me sugeriste la idea, que me pareció excelente, de acudir a Simpliciano, que me parecía un buen servidor tuyo, y en quién resplandecía tu gracia. A mis oídos habían llegado comentarios de su vida piadosísima consagrada a Ti desde la juventud. En la actualidad era ya un anciano. Por eso pensé que una existencia tan larga, empleada en el estudio de tu vida, estaría muy experimentado e instruido en muchas cosas. De hecho así era. Por eso quería entrevistarme con él y exponerle mis inquietudes, para que me indicara el método adecuado para caminar por tus sendas en el estado de ánimo en que yo me encontraba...*

Me dirigí, pues a Simpliciano, padre espiritual del entonces obispo Ambrosio, y a quien éste amaba como a verdadero padre. Le conté el recorrido de mi error. Cuando hice una referencia a mis lecturas de algunos libros de los platónicos, en la versión latina de Victorino, antiguo retórico de Roma y muerto después de convertirse al cristianismo, me felicitó por no haber tropezado con los escritos de otros filósofos, llenos de errores y engaños, a base de los elementos del mundo. En los platónicos, por el contrario, hay múltiples alusiones a Dios y a su Palabra.

Luego, para exhortarme a la humildad de Cristo, escondida a los sabios y revelada a los sencillos, evocó la personalidad de Victorino a quien él había conocido y tratado muy de cerca en Roma. De él me refirió algo que no quiero pasar por alto, porque constituye un estupendo motivo para confesar tu benevolencia. Este hombre poseía una vasta erudición y bien probada competencia en todas las disciplinas liberales. Había leído y criticado a un número extraordinario de filósofos, había sido maestro de muchos y nobles senadores. Por todo ello se había hecho digno de que le levantaran una estatua en el foro, como distinción a su ilustre magisterio, honor que los hijos de este mundo consideran como algo extraordinario.

Hasta aquella edad había sido adorador de los ídolos y había tomado parte en los sacrificios sacrilegos de que alardeaba la casi totalidad de la orgullosa nobleza romana... A todos estos dioses los había defendido durante muchos años el anciano Victorino con voz atronadora. Y este mismo anciano no tenía reparo alguno en hacerse ahora siervo de tu Cristo e infante de tu fuente, doblando su cuello bajo el yugo de la humildad y agachando su frente ante el oprobio de la cruz...

Le confesaba a Simpliciano, no en público, sino más bien en privado y de modo confidencial: “Quiero comunicarte una cosa: ya soy cristiano”. Pero el otro le contestaba: “No me lo creeré ni te contaré entre los cristianos mientras no te vea en la Iglesia de Cristo”. Victorino le replicaba medio en broma: “¿Acaso las paredes hacen cristianos?”. Solía repetir con frecuencia que ya era

cristiano. Y Simpliciano le contestaba siempre del mismo modo, mientras Victorino repetía una vez más la broma de las paredes. En realidad Victorino tenía miedo de ofender a sus amigos, orgullosos adoradores de los demonios. Estimaba que desde las cumbres de su dignidad mundana y pagana, iban a caer sobre él como cedros del Líbano que aún no había quebrantado el Señor, sus terribles enemistades.

Pero luego que, tras intensas lecturas e impaciencias, adquirió solidez y tuvo miedo de que Cristo le negara delante de sus ángeles si él se acobardaba de confesarle ante los hombres (Lc 12, 9), al sentirse culpable de un gran crimen por avergonzarse de los sacramentos, de la humildad de tu Palabra y no avergonzarse de los sacrificios sacrílegos a los demonios orgullosos que él había aceptado e imitado con ánimo soberbio, depuso su actitud vergonzosa ante la vanidad y se ruborizó ante la verdad.

De pronto y como por sorpresa, tal como nos cuenta Simpliciano, le dijo a éste: “¡Vamos a la iglesia!, quiero ser cristiano”. Éste, loco de contento, se fue con él sin hacer preguntas. Tan pronto como en la iglesia adquirió instrucción sobre los misterios sagrados, sin pérdida de tiempo, dio su nombre para ser regenerado por el bautismo, ante la sorpresa de Roma y la alegría gozosa de la Iglesia. Los orgullosos lo veían y se ponían furiosos, rechinaban los dientes y se impacientaban. Pero tu siervo había puesto su esperanza en el Señor, y ya no reparaba en vanidades ni en locuras engañosas.

Llegó, por último, el momento de hacer la profesión de fe. En Roma suele hacerse en presencia del pueblo fiel, desde un lugar elevado y con determinada fórmula que aprenden de memoria los que van a recibir tu gracia. Pero los sacerdotes, contaba el amigo, le propusieron a Victorino que formulara esta profesión de fe en una ceremonia de carácter más privado, como se proponía de ordinario a aquellos de quienes se tenía fundadas sospechas que iban a tener vergüenza.

Pero Victorino prefirió hacer profesión de su salvación en presencia de la plebe santa, porque la salvación no estaba en la retórica que él enseñaba, y, sin embargo, la había profesado públicamente. ¡Tanto menos debía temer a aquel manso rebaño tuyo al pronunciar tu palabra aquél que en sus propios discursos no se atemorizaba delante de las masas enloquecidas!

Así que, tan pronto como pronunció la fórmula de profesión fe, todos los presentes pasaban su nombre de boca en boca con murmullos de aprobación...

A partir del momento en que tu siervo Simpliciano concluyó su relato sobre Victorino, sentí un inmenso deseo de imitarle ⁷¹.

PONTICIANO

Agustín se estaba acercando a pasos agigantados a la fe católica. Su madre, que lo veía todos los días, pues vivía con él en Milán, se alegraba cuando él le hablaba de sus avances en el camino de la verdad. Era como un buscador incansable. No podía darse tregua. En la búsqueda de la verdad cifraba toda su felicidad y el sentido de su vida entera. Su madre se regocijaba y le gustaba sacarle el tema para dialogar a solas con él. Y, con su sabiduría divina, ella le daba algunos consejos y le explicaba las cosas como ella las entendía. Agustín tenía en ella un modelo de cómo vivir como cristiano. Se sentía orgulloso de su madre y empezó a escucharla con atención. Y Dios le fue abriendo nuevos caminos y le dio nuevas luces para descubrir la verdad.

Él nos dice: Llegó a casa a visitarnos a Alipio y a mí un tal Ponticiano, africano y compatriota nuestro, que entonces desempeñaba un alto cargo en la Corte. En realidad no sé lo que pretendía de nosotros. Casualmente, encima de la mesa de juego que teníamos delante, vio un códice. Lo cogió, lo abrió y vio que se trataba de las cartas del apóstol Pablo. Se quedó sorprendido, porque había estimado que se trataría de uno de tantos textos que mi profesión me obligaba a consultar. Sonriéndose y mirándome en actitud complaciente, manifestó su sorpresa por haberse topado de improviso precisamente con ese libro y con ningún otro más. Él era cristiano, estaba bautizado y muchas veces se postraba ante Ti, Dios nuestro, en la iglesia, con frecuentes y largas oraciones.

Tan pronto como le expresé mi interés personal por aquellos escritos, tomando él la palabra, comenzó a hablarnos de Antonio, monje de Egipto, cuyo nombre gozaba de merecida fama entre tus fieles, pero que nosotros desconocíamos hasta ese momento. Al darse cuenta de que así era, se demoró en aquella conversación, dándonos a conocer a una personalidad tan importante, que nosotros desconocíamos, cosa que a él le causó profunda extrañeza.

Quedamos sorprendidos oyendo tus probadísimas maravillas realizadas en la verdadera fe e Iglesia católica y en época tan reciente y cercana a nuestros tiempos. Todos nos quedamos maravillados: nosotros por tratarse de hechos tan notables; él de nuestra ignorancia sobre el particular.

⁷¹ Conf. 8, 5, 10.

De aquí pasó a hablarnos de las muchedumbres que viven en monasterios, y sobre sus costumbres y del divino perfume de sus virtudes, de la fertilidad del desierto, de la vida solitaria, de todo lo cual no teníamos la más remota idea. Lo que es más extraordinario: incluso fuera de Milán había un monasterio poblado de buenos hermanos bajo la dirección de Ambrosio, y nosotros no lo sabíamos.

Alargaba él la conversación y nosotros le escuchábamos en silencio. Vino a decirnos que en cierta ocasión él y tres compañeros suyos, en la ciudad de Tréveris, mientras el emperador se entretenía asistiendo a los espectáculos del circo en la tarde, salieron a dar un paseo por unos jardines vecinos a las murallas. Se pusieron a pasear en parejas formadas al azar: uno en compañía de Ponticiano, y los otros dos formando grupo aparte. Tomaron caminos diferentes. Estos últimos, paseando sin rumbo fijo, encontraron una cabaña donde habitaban siervos tuyos, de quienes es el reino de los cielos. En esta cabaña encontraron un códice en que se hallaba escrita la “Vida de Antonio”. Uno de los dos comenzó a leerla y, acto seguido, a admirarse, a entusiasmarse y a pensar, mientras leía, en abrazar aquel género de vida y en servirte a Ti y en abandonar las ocupaciones mundanas. Ambos pertenecían a la escala de funcionarios que se denominan agentes de negocios públicos...

Se quedaron en la cabaña con el corazón anclado en el cielo. Ambos tenían novias y, cuando éstas se enteraron de lo sucedido, ellas también te consagraron su virginidad⁷².

Y yo, joven miserable, sí, desventurado de verdad, en los mismísimos comienzos de mi adolescencia había llegado a pedirte incluso la castidad y te había dicho: “Dame la castidad y la continencia, pero no ahora”. Temía que me escucharas enseguida y me sanaras de la enfermedad de la concupiscencia, porque lo que yo quería era satisfacerla, no extinguirla...

Pensaba yo que la razón de diferir de un día para otro el momento de seguirte únicamente a Ti, desdeñando toda esperanza mundana, era la falta de algo seguro adonde encaminar mis pasos. Pero había llegado el día en que me hallaba desnudo ante mí mismo y en que mi conciencia me echaba en cara: “¿Dónde está tu palabra? Tú andabas diciendo por ahí que no estabas dispuesto a sacudir la carga de la vanidad por no estar seguro de la verdad. El caso es que ya estás seguro de la verdad y, sin embargo, la vanidad sigue oprimiéndote”...

En medio de estas reflexiones me consumía interiormente. Me invadía una confusión tremenda, mientras Ponticiano continuaba su relato. Una vez que acabó de hablar y que ventiló el asunto que le había traído, se marchó. Fue

⁷² Conf. 8, 6, 14-15.

*entonces cuando yo me encaré conmigo mismo. ¡Qué cosas me dije! ¡Con qué pensamientos, fuertes como azotes, flagelé mi alma para ver si me seguía en mi intento de ir en pos de Ti! Pero ella se resistía. Rehusaba acompañarme, sin dar excusa alguna. Ya estaban agotados y rebatidos todos los argumentos. Sólo quedaba un temblor mudo. Mi alma sentía verdadero pánico de verse apartada de la costumbre que la consumía hasta matarla*⁷³.

*Entonces, en medio de aquella encarnizada pelea de mi casa interior, y que yo había avivado fuertemente en la intimidad de mi propio corazón, alterado tanto mi rostro como mi mente, me acerco a Alipio exclamando: “Pero, ¿qué es lo que nos pasa? ¿Qué significan esas palabras que acabas de oír? ¡Se levantan los que no han estudiado y conquistan el cielo, y ahí tienes: nosotros, con toda nuestra ciencia pero sin corazón, nos revolcamos en la pasión y la sangre! ¿O es que sentimos vergüenza de seguirlos, porque se nos han adelantado y no nos da vergüenza siquiera el no seguirlos?”*⁷⁴.

*Agustín estaba cada vez más cerca de la Iglesia y nos dice: Miré como de paso aquella religión que siendo niño me había sido profundamente impresa en mi ánimo y, si bien inconscientemente, me sentía arrebatado hacia ella*⁷⁵.

LA CONVERSIÓN

Agustín estaba ya a punto de dar el SI a Dios. Estaba viendo ya con claridad que la fe católica era la verdadera y sólo necesitaba el último paso para declararse católico e inscribirse como catecúmeno en el registro de la Iglesia. Mónica seguía sus pasos y le veía acercarse a la luz. Y oraba cada día con más intensidad y hacía orar a todos los de la casa. Por fin dio el paso decisivo. Él no relata con todos los detalles cómo Dios se manifestó a él: *En la residencia donde nos hospedábamos había un pequeño huerto. Disfrutábamos de él como del resto de la casa al no ocuparlo su propietario. Hasta este huerto me había lanzado la tormenta de mi corazón, donde nadie interfiriera el encarnizado combate que había entablado conmigo mismo y cuyo desenlace Tú conocías y yo ignoraba. Lo único que hacía era volverme loco, pero con una locura saludable. Estaba muriendo para vivir. Sabía lo malo que estaba, pero no sabía lo bueno que iba a estar dentro de poco.*

⁷³ Conf. 8, 7, 17-18.

⁷⁴ Conf. 8, 8, 19.

⁷⁵ Contra académicos, 2, 2, 5.

Me retiré al huerto, Alipio iba detrás de mí, pisándome los talones. Su presencia no me impedía sentirme solo. ¿Cómo iba a abandonarme él, viéndome presa de tal agitación? ⁷⁶.

Yo decía para mis adentros: “¡Rápido! ¡Ya! ¡Ahora mismo!”, y de la palabra casi pasaba a la obra. Casi lo hacía, pero no lo hacía...

Vacilaba entre morir a la muerte y vivir a la vida. Podía más conmigo lo malo inveterado que lo bueno desacostumbrado. Y cuanto más se acercaba aquel momento en que yo iba a cambiar, tanto mayor horror me invadía. Cierto que no me hacía volver atrás ni cambiar de propósito, pero me dejaba en suspenso.

Me retenían frivolisísimas frivolidades y vanísimas vanidades, antiguas amigas mías que tiraban de mi vestido de carne y me decían por lo bajo: ¿Nos dejas? ¿Desde este momento jamás te será lícito esto y aquello? Y qué cosas me sugerían en lo que llamo esto y aquello. ¡Qué inmundicias me sugerían, qué indecencias! Yo las oía poco menos que a media voz, como en sordina. Ya no me replicaban cara a cara ni de frente, sino que murmuraban a mis espaldas, llamándome furtivamente al alejarme para que volviese la cara hacia ellas. De todos modos, retrasaban mis decisiones de romper con ellas y de quitármelas de encima. Constituían verdaderas vallas que me impedían dar el salto hacia donde oía la llamada. La costumbre brutal y agresiva continuaba diciéndome: “¿Tú crees que podrás vivir sin ellas?”.

Pero estas últimas palabras se escuchaban muy apagadas. Hacia el lado donde dirigía mi vista y tenía vuelto el rostro, y donde temía dirigir mis pasos, se me revelaba la casta dignidad de la continencia, serena y sonriente, sin malicia. Con cautela y suavemente me invitaba a que me acercara a ella sin miedo, extendiendo sus manos piadosas, llenas de infinidad de buenos ejemplos, dispuestas a acogerme y darme el abrazo. Allí había infinidad de niños y niñas, allí una juventud numerosa y hombres de toda edad, viudas venerables y vírgenes de blancos cabellos. En todos estos grupos la continencia no era algo estéril ni mucho menos, sino madre fecunda de hijos, que eran los gozos obtenidos de Ti que eras su esposo.

Con una sonrisa alentadora a flor de labios, es como si me dijera: “¿No podrás tú lo que éstos y éstas han podido? ¿Acaso lo pudieron por sí mismos y no en el Señor su Dios? ¿Por qué te apoyas en ti mismo si careces de estabilidad? Arrójate en Él. No temas, que no se retirará para que caigas. Arrójate seguro, que Él te acogerá y te sanará”.

⁷⁶ Conf. 8, 8, 19.

Yo me sentía muy avergonzado. Seguía oyendo un ruido de fondo. Era el murmullo de aquellas frivolidades que me tenían perplejo y suspenso. De nuevo intervenía la continencia, y es como si me ordenara con palabras como éstas: “Cierra tus oídos ante el reclamo de tu carne terrena y sucia, para mortificarla. Esta te habla de placeres, pero no están de acuerdo con la ley del Señor tu Dios”.

Esta era la contienda que había en mi corazón, de mí mismo contra mí mismo. Alipio se mantenía continuamente a mi lado, esperando en silencio el desenlace de mi insólita emoción ⁷⁷.

Se formó una borrasca enorme que se resolvió en abundante lluvia de lágrimas. Para descargarla en su totalidad con todo el aparato de truenos, me levanté para separarme de Alipio, pues me pareció que para llorar era más conveniente la soledad, y me retiré lo más lejos que pude para que incluso su presencia física no me fuera un estorbo. Tal era mi situación en aquellos momentos. Él se dio cuenta del estado en que me hallaba, por no sé qué expresión que formulé al levantarme y donde se notaba que mi voz estaba cargada de lágrimas.

Él se quedó en el lugar donde estábamos sentados. Estaba aturdido. No sé cómo caí derrumbado a los pies de una higuera, y mis ojos eran dos ríos de lágrimas. Si no con estas precisas palabras sí con este sentido, te dije cosas como éstas: “Tú Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo, Señor, vas a estar eternamente enojado? No te acuerdes, Señor, de mis maldades pasadas”. Al sentirme prisionero de ellas con voz lastimera gritaba: “¿Hasta cuándo voy a seguir diciendo mañana, mañana? ¿Por qué no ahora mismo? ¿Por qué no poner fin ahora mismo a todas mis torpezas?”.

Decía estas cosas y lloraba con amarguísima contrición de mi corazón. De repente oigo una voz procedente de la casa vecina, una voz no sé si de niño o de niña, que decía cantando y repetía muchas veces: “¡Toma y lee! ¡Toma y lee!”. En ese momento, con el semblante alterado, comencé a reflexionar atentamente si en algún tipo de juego los niños acostumbraban cantar algo parecido, pero no recordaba haberlo oído nunca. Conteniendo, pues, la fuerza de las lágrimas, me incorporé interpretando que el mandato que me venía de Dios no era otro que abrir el códice y leer el primer capítulo con que topase.

Porque había oído decir de Antonio que, advertido por una lectura del Evangelio, que había oído por casualidad, la había tomado como dicha expresamente para él. La lectura era ésta: “Anda a vender todo lo que posees y

⁷⁷ Conf. 8, 12, 25-27.

dáselo a los pobres. Así tendrás una riqueza en el cielo. Y luego vuelves y me sigues” (Mt 19, 21). Este texto provocó su inmediata conversión.

Así pues, me apresuré a acudir al sitio donde estaba sentado Alipio. Allí había dejado el códice del Apóstol. Lo tomé en mis manos, lo abrí y en silencio leí el primer capítulo que me vino a los ojos: “Nada de banquetes ni borracheras, nada de prostitución o de vicios, o de pleitos, o de envidias. Más bien, revístanse de Cristo Jesús el Señor. No se conduzcan por la carne, poniéndose al servicio de sus impulsos” (Rom 13, 13-14). No quise leer más ni era necesario tampoco. Al punto, nada más acabar la lectura de este pasaje, sentí como si una luz de seguridad se hubiera derramado en mi corazón, ahuyentando todas las tinieblas de mis dudas.

A continuación, registrando el libro con el dedo o con no sé qué otra señal, con ademán sereno, le conté a Alipio todo lo sucedido. Por su parte, me contó lo que también a él le estaba pasando y que yo desconocía. Me rogó le mostrara lo que había estado leyendo. Se lo enseñé y él prosiguió leyendo el pasaje que venía detrás, y que seguía así: “Reciban al que es débil en la fe”. Él se aplicó a sí mismo estas palabras y así me lo dio a entender. Esta orden le dio ánimo para seguir en su honesto propósito, tan de acuerdo con sus costumbres en las que tanto distaba ventajosamente de mí desde siempre. Sin turbación ni vacilación de ningún tipo se unió a mí.

Acto seguido, nos dirigimos los dos hacia mi madre. Le contamos cómo sucedió todo y saltó de gozo y de júbilo, bendiciéndote a Ti que eres poderoso para hacer más de lo que pedimos y comprendemos. Estaba viendo con sus propios ojos que le habías concedido más de lo que ella solía pedirte con sollozos y lágrimas piadosas.

Me convertiste a Ti de tal modo que ya no me preocupaba de buscar esposa ni me retenía esperanza alguna de este mundo. Por fin, ya estaba situado en aquella regla de fe en que hacía tantos años le habías revelado a mi madre que yo estaría. Cambiaste su luto en gozo, en un gozo mucho más pleno de lo que ella había deseado; en un gozo mucho más íntimo y puro que aquel que ella esperaba de los nietos de mi carne⁷⁸.

¡Qué agradable me resultó de golpe dejar la dulzura de mis frivolidades! Antes tenía miedo de perderlas y ahora me gustaba dejarlas. Eras Tú quien las ibas alejando de mí. Tú, suavidad verdadera y suprema, las desterrabas lejos de mí y entrabas en lugar de ellas. Tú, que eres más suave que todos los deleites, aunque no para los sentidos corporales. Tú, que eres más resplandeciente que

⁷⁸ Conf. 8, 12, 28-30.

toda luz, más escondido que todos los secretos y más alto que todos los honores, aunque no para los que están elevados a sus propios ojos.

Mi espíritu estaba por fin libre de las angustias de la ambición, del dinero y del revolcarse de las pasiones. Y hablaba contigo, Señor, Dios mío, claridad mía y mi salvación ⁷⁹.

Agustín, ante el esplendor de la verdad de la fe católica y después de años de estar hundido en el error, pudo decir por fin: *Oh Iglesia católica, verdadera esposa del verdadero Cristo. Guárdate mucho, como ya lo haces, de la impiedad maniquea. Ella me arrancó en otro tiempo de tu seno. Después yo pude huir instruido por una experiencia que no debería haber tenido... No te dejes engañar por esta palabra: "Verdad". Sólo tú la posees en tu leche y en tu pan; los maniqueos únicamente tienen el vocablo* ⁸⁰.

Y a los que andan extraviados, buscando la verdad, les recomendó: *Que nadie os engañe. La iglesia católica es la auténtica* ⁸¹.

SE JUBILA DE PROFESOR

Agustín, una vez convertido, quiere dejar sus obligaciones de profesor de retórica en Milán para entregarse totalmente al servicio de Dios.

Él refiere: *Aquel verano (del año 386) comenzaron a enfermarse mis pulmones debido al exceso de trabajo académico. Comenzaba a tener dificultades respiratorias. Los dolores de pecho eran síntoma de que tenía una lesión que me impedía hablar con voz clara y prolongada. Al principio esta situación me puso en aprieto, porque era casi como forzarme a abandonar el ejercicio del magisterio... Hasta llegué a alegrarme de que se me hubiera presentado esta excusa, no fingida, para calmar el malhumor de aquellas personas que, en atención a sus hijos, pretendían que yo no gozara nunca de libertad. Lleno, pues, de este gozo, aguantaba con paciencia que pasara aquel tiempo de aproximadamente 20 días (para las vacaciones)* ⁸².

Finalizadas las vacaciones de la vendimia, anuncié a los milaneses que buscaran a otro vendedor de palabras para sus estudiantes, porque yo había optado por dedicarme a tu servicio, y porque ya no estaba en condiciones de

⁷⁹ Conf. 9, 1, 1.

⁸⁰ Contra Fausto XV, 3.

⁸¹ Sermón 238, 3.

⁸² Conf. 9, 2, 4.

*hacer frente a esa profesión por mis problemas respiratorios y por mi afección de pecho*⁸³.

Pensemos ahora en Mónica. Cuando Agustín le comunicó la gran noticia de su conversión, dice él: *Saltó de gozo y de júbilo... Estaba viendo con sus propios ojos que le habías concedido más de lo que ella solía pedirte con sollozos y lágrimas piadosas... Cambiaste su luto en gozo, en un gozo mucho más pleno de lo que ella había deseado; en un gozo mucho más íntimo que aquel que ella esperaba de los nietos de mi carne*⁸⁴.

Agustín se inscribió como catecúmeno y, en otoño de ese mismo año 386, se fue a un lugar retirado a orar y prepararse para el bautismo.

CASICIACO

Después de algunas conversaciones con el santo obispo Ambrosio, se fue con un grupo de amigos a una granja, que Verecundo tenía en un lugar campestre y apacible en Casiciaco, pequeña aldea cerca de Milán. Allí estuvo nueve meses preparándose para el bautismo. Allí estaba con él su madre y su hijo y conciudadanos como Trigetio y Licencio; sus primos Lartidiano y Rústico, y su gran amigo Alipio.

Nos informa: *Allí estaba en primer lugar “nuestra madre”, a quien corresponde todo el mérito de mi vida*⁸⁵. Aquí como en otros lugares habla de nuestra madre, porque ciertamente Mónica, no solo se preocupaba de todos como una madre, atendiéndolos en la comida y demás cosas de la casa, sino que se preocupaba también de su bienestar espiritual y a todos les daba consejos, participando en sus reflexiones, a pesar de que en aquel tiempo esto no era tarea de mujeres.

El día estaba bien organizado por Agustín. Se empezaba y se terminaba con la oración, sin faltar el rezo de los salmos y el estudio de las sagradas Escrituras. Sobre las reflexiones filosóficas y espirituales que tenían todos los días, él mismo nos dice lo siguiente, ensalzando a su madre: *Con nosotros también se hallaba “nuestra madre”, cuyo ingenio y ardoroso entusiasmo por las cosas divinas había observado yo con larga y diligente atención... Se me descubrió tanto su espíritu que ninguno me parecía más apto que ella para el*

⁸³ Conf. 9, 5, 13.

⁸⁴ Conf. 8, 12, 30.

⁸⁵ Sobre la vida feliz 6.

*cultivo de la sana filosofía. Y así había ordenado que cuando estuviese libre de sus ocupaciones, tomase parte en nuestros coloquios*⁸⁶.

Agustín pide al secretario que anote la intervención de Mónica y ella reclama: *¿Dónde habéis visto o leído que las mujeres tomen parte en estas discusiones?... Y Agustín le replica: “Tu filosofía me agrada muchísimo”... Ella, acariciante y religiosa, dijo que nunca había yo mentado tanto*⁸⁷.

San Agustín, entusiasmado por el saber intuitivo de su madre, le dice: *Madre, has conquistado el castillo mismo de la filosofía... Y, nosotros, olvidados enteramente de su sexo, creíamos hallarnos sentados junto a un grande varón, mientras yo consideraba según me era posible, en qué divina fuente abrevaba ella aquellas verdades*⁸⁸.

Mónica dijo: *No puede separarse de la indigencia la miseria, o viceversa. Porque aun ése que era rico y no deseaba más, por ser esclavo del temor de perderlo todo, necesitaba la sabiduría. Le llamaríamos indigente si le faltase plata o dinero. Carece de sabiduría, ¿y no le tenemos por tal? Todos prorrumpieron en exclamaciones y admiraciones. Y yo, dije dando riendas a mi gozo y satisfacción por recoger de los labios de mi madre una grande verdad... ¿Veis qué diferencia que hay entre esos sabios que se nutren de muchos y diversos conocimientos y un alma enteramente consagrada a Dios? Pues ¿de dónde proceden estas respuestas que admiramos sino de una divina fuente?*⁸⁹.

Fueron días hermosos y dice el santo: *Qué voces te di, Dios mío, leyendo los salmos de David, esos cantos de fe, esas cadencias de piedad que están en tan marcado contraste con todo espíritu de orgullo. Estaba en compañía de Alipio y de mi madre, que estaba con nosotros con traje de mujer, fe de varón, seguridad de anciana, amor de madre y piedad cristiana*⁹⁰.

EL BAUTISMO

Después de prepararse durante casi nueve meses para el bautismo en la finca de Casiciaco regresó a Milán donde fue bautizado por san Ambrosio en la noche del 24 al 25 de abril del año 387 junto con Alipio y Adeodato.

⁸⁶ Del orden, 2, 1, 1.

⁸⁷ Del orden, 1, 11, 31-32.

⁸⁸ De la vida feliz 2, 8.

⁸⁹ De la vida feliz 4, 27.

⁹⁰ Conf. 9, 4, 8.

Veamos lo que él mismo nos dice: *Tan pronto como llegó la fecha en que tenía que dar mi nombre para el bautismo, abandonamos la finca y retornamos a Milán. También Alipio quiso recibir el bautismo junto conmigo. Ya estaba revestido de la humildad conveniente a tus sacramentos. Domaba con tanta violencia su cuerpo que anduvo con los pies descalzos por el suelo helado de Italia, cosa que requiere un valor poco común. También llevamos en nuestra compañía al joven Adeodato, nacido de mi carne y fruto de mi pecado. Tú, Señor, lo habías hecho bueno. Tenía unos quince años y superaba en inteligencia a muchas personalidades renombradas y doctas. Dones tuyos eran, te lo confieso, Señor y Dios mío. Por lo que a mí toca, en este muchacho nada tenía sino mi pecado...*

En aquellos días no me hartaba de considerar, lleno de una asombrosa dulzura, tus profundos designios sobre la salvación del género humano. ¡Cuántas lágrimas derramé escuchando los bellos himnos y cánticos que resonaban en tu Iglesia! Me producían una honda emoción. Aquellas voces penetraban en mis oídos, y tu verdad iba penetrando en mi corazón. Fomentaban los sentimientos de piedad, y las lágrimas que derramaba me hacían bien ⁹¹.

Podemos imaginarnos la gran alegría de Mónica en el momento en que su hijo Agustín y su nieto Adeodato, junto con Alipio, reciben el bautismo. Era el punto culminante de sus deseos. Era todo lo que había pedido. Su misión se había realizado. Dios había cumplido su palabra. Todo lo que podamos pensar será poco ante la inmensa alegría que tenía en su corazón de madre y abuela. Dios le concedía mucho más de lo que hubiera podido imaginar.

CAPÍTULO SEXTO MUERTE DE MÓNICA

SANTÍSIMA TRINIDAD

Después de su bautismo, Agustín decidió irse con su madre, su hijo y sus amigos a su tierra. Allí quería fundar un monasterio para dedicarse especialmente al estudio y a la oración en común

Llegaron a Ostia Tiberina para esperar el barco. Según refiere una antigua tradición, uno de esos días, mientras paseaba por la orilla del mar, meditando en Dios y en el misterio de la Santísima Trinidad, vio un niño encantador (sería un

⁹¹ Conf. 9, 6, 14.

ángel). Había hecho un hoyo en la arena y se entretenía en coger agua del mar con una concha y echarla en él. Al ver esto, el santo se detiene, lo mira y sonriendo con bondad le pregunta si piensa meter allí toda el agua del mar. *¿Y por qué no?*, replicó el niño. *Esto sería más fácil que meter en tu mente y en tu corazón el mar incomprensible de la Santísima Trinidad.*

Todavía se muestra el sitio donde se supone tuvo lugar ese suceso, honrado mucho tiempo después con una iglesia en Civitavecchia en honor de san Agustín para recordarlo.

Historia o leyenda, lo cierto es que nos muestra gráficamente la sed de Agustín por conocer los misterios de Dios y concretamente el de la Santísima Trinidad. Muchos pintores se han interesado en esta tradición (considerando que sucedió cuando él era ya obispo) y la han plasmado en sus lienzos para expresar así el hambre de Dios del santo.

ÉXTASIS DE OSTIA

A los pocos días de estar en Ostia Tiberina, esperando para pasar a África, tuvo lugar una conversación entre Agustín y su madre, en la cual se elevaron sus corazones hasta las alturas de la divinidad y sintieron una paz y alegría incontenibles. Es lo que se conoce como el éxtasis de Ostia.

Agustín lo relata así: *Estando ya cercano el día de su partida de esta vida —y ese día sólo lo conocías Tú, nosotros lo ignorábamos— sucedió por tus disposiciones misteriosas, que ella y yo nos hallábamos asomados a una ventana que daba al jardín de la casa donde nos hospedábamos. Era en las cercanías de Ostia Tiberina. Allí, apartados de la gente, tras las fatigas de un viaje pesado, reponíamos fuerzas para la navegación.*

Conversábamos, pues, solos los dos con gran dulzura, y, olvidándonos de lo pasado y proyectándonos hacia las realidades del más allá, profundizábamos juntos, en presencia de la verdad que eres Tú, en un solo punto: cuál sería la vida eterna de los santos, que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni llegó al corazón del hombre (1 Cor 2, 9). Abríamos con avidez la boca del corazón al agua fresca de tu fuente, de la fuente de la vida que hay en Ti para que, rociados por ella según nuestra capacidad, pudiéramos en cierto modo imaginarnos una realidad tan maravillosa.

Y nuestra reflexión llegó a la conclusión de que, frente al gozo de aquella vida, el placer de los sentidos corporales, por grande y luminoso que pueda ser, no tiene punto de comparación y ni siquiera es digno de que se le mencione. Tras

elevarnos con el afecto amoroso más ardiente hacia el Ser mismo, recorrimos gradualmente todas las realidades corporales, incluyendo el cielo desde donde el sol, la luna y las estrellas mandan sus destellos sobre la tierra.

Seguimos ascendiendo aún más dentro de nuestro interior, pensando, hablando y admirando tus obras y llegamos hasta nuestras mismas almas, y seguimos nuestro avance remontándolas hasta llegar a la región de la abundancia inagotable, donde apacientas a Israel eternamente en los pastos de la verdad, allí donde la vida es la Sabiduría por la cual todo fue hecho, las cosas presentes, pasadas y futuras, mientras que Ella no es creada por nadie, sino que hoy es como ayer y como será siempre. Mejor dicho, en Ella no hay un fue ni un será, sino sólo un es, porque es eterna.

Mientras hablábamos y suspirábamos por Ella, llegamos a tocarla un poquito con todo el ímpetu de nuestro corazón y, suspirando, dejamos allí cautivas las primicias del espíritu ⁹².

Ella me dijo: “Hijo, por lo que a mí toca, nada me deleita ya en esta vida. No sé qué hago en ella ni por qué estoy aquí, muerta a toda esperanza del siglo. Una sola cosa había por la que deseaba detenerme un poco en esta vida y era verte cristiano católico antes de morir. Superabundantemente me ha concedido esto mi Dios, puesto que, despreciada la felicidad terrena, te veo siervo suyo. ¿Qué hago yo aquí?” ⁹³.

Mónica comprende en ese momento supremo del éxtasis que su misión en este mundo ha terminado. Y dice: *¿Qué hago yo aquí?* Dios la había premiado más de lo imaginado. Ya había terminado su misión de salvar a toda su familia, especialmente a su esposo y a su hijo descarriados. Ahora sólo le faltaba ir a disfrutar de la felicidad eterna de Dios. Pero no para dormir en la paz celestial, sino para, desde el cielo, seguir intercediendo por los que quedaban y seguir ayudando a todos los amigos y seguidores de Agustín, que han sido, son y serán parte de su propia vida.

MUERTE DE MÓNICA

Después del éxtasis, apenas pasados cinco días, no muchos más, cayó con fiebre. Estando enferma, cierto día sufrió un desmayo, y se quedó sin reconocer a los que la rodeaban. Acudimos corriendo, pero pronto recuperó el sentido. Viéndonos presentes a mi hermano y a mí, nos dijo como quien pregunta algo:

⁹² Conf. 9, 10, 23-24.

⁹³ Conf. 9, 10, 26.

“¿Dónde estoy?”. Luego, viéndonos abatidos por la tristeza, nos dijo: “Sepulten aquí a su madre”. Yo estaba callado mientras contenía mis lágrimas, en tanto que mi hermano decía no sé qué palabras alusivas al deseo de que la muerte no la sorprendiera en tierra extranjera, sino en su patria. Ella, al escuchar esta sugerencia, mostró en su rostro una gran ansiedad, y le lanzó una mirada reprochándole esta manera de pensar. Fijando los ojos en mí, dijo: “Mira lo que dice”. Y luego, dirigiéndose a los dos, exclamó: “Pongan mi cuerpo en cualquier sitio, sin que les dé pena. Sólo les pido que donde quiera que estén, se acuerden de mí ante el altar del Señor”. Y habiéndonos comunicado esta resolución como pudo, guardó silencio. Poco a poco, al agravarse el mal, creció también su fatiga⁹⁴.

Yo me gozaba, oh Dios invisible, y te daba gracias recordando lo que sabía del gran cuidado que había tenido siempre de su sepulcro adquirido y preparado junto al cuerpo de su marido. Porque así como había vivido con él en concordia, así quería también tener aquella dicha y que los hombres recordasen cómo después de su viaje transmarino se le había concedido la gracia de que una misma tierra cubriese el polvo conjunto de ambos esposos...

Cierto día, al conversar con unos amigos míos con maternal confianza sobre el desprecio de esta vida y el bien de la muerte, estando ya en Ostia, maravillándose ellos de tal fortaleza en una mujer, le preguntaron si no temería dejar su cuerpo tan lejos de su ciudad. Y respondió: “Nada hay lejos para Dios, ni hay que temer que ignore al fin del mundo el lugar donde estoy para resucitarme”. Así pues, a los nueve días de su enfermedad, a los 56 años de su edad y 33 de la mía, fue liberada del cuerpo aquella alma fiel y piadosa⁹⁵.

Cerraba yo sus ojos, mas una tristeza inmensa afluía a mi corazón... Entonces fue, cuando al dar el último suspiro, el niño Adeodato rompió a llorar a gritos, mas reprimido por todos nosotros, calló... Juzgábamos que no era conveniente celebrar aquel entierro con quejas lastimeras y gemidos con los cuales se suele frecuentemente deplorar la miseria de los que mueren o su total extinción. Y ella, ni había muerto miserablemente, ni había muerto del todo, de lo cual estábamos nosotros seguros por el testimonio de sus costumbres, por su fe no fingida y otros argumentos ciertos⁹⁶.

Me llenaba de satisfacción el testimonio que había dado de mí cuando en esta su última enfermedad, como acariciándome por mis atenciones con ella, me llamaba piadoso y recordaba con gran afecto de cariño no haber oído jamás

⁹⁴ Conf. 9, 11, 27.

⁹⁵ Conf. 9, 11, 28.

⁹⁶ Conf. 9, 12, 29.

salir de mi boca la menor palabra dura contra ella. ¿Qué era Dios mío, este honor que yo le había dado en comparación de los que ella me había servido? Por eso, porque me veía abandonado de aquel tan gran consuelo suyo, sentía el alma herida y despedazada mi vida, que había llegado a formar una sola con la suya.

Enterada la gente de lo que pasaba, acudieron muchos hermanos y religiosas mujeres y, mientras los encargados de esto, preparaban las cosas de costumbre para el entierro, yo estaba retirado en un lugar adecuado⁹⁷.

Tras levantar el cadáver, la acompañamos y luego volvimos sin llorar. Ni siquiera en aquellas oraciones que te dirigimos cuando se ofrecía por ella el sacrificio de nuestro rescate (misa), con el cadáver al pie de la tumba y antes de su entierro según costumbre de allí, ni siquiera en estas oraciones, repito, lloré, sino que toda la jornada me invadió una profunda tristeza interior. Mentalmente desconcertado te pedía, como me era posible, que curaras mi dolor. Pero Tú no lo hacías, según creo, para que fijara en mi memoria al menos con esta única prueba la fuerza que tiene cualquier costumbre incluso para un alma que ya no se alimenta de palabras engañosas.

Pensé incluso en ir a darme un baño, porque había oído decir que los baños recibieron esta denominación porque el “balneum” latino, deriva del griego “balaneion” (arrojar) en cuanto elimina todo tipo de tristezas del espíritu. Pero resulta que —también esto lo confieso a tu misericordia, Padre de los huérfanos— después del baño me encontré como antes, porque mi corazón no botó ni siquiera una gota de amargura de su estado de aflicción. Poco después logré conciliar el sueño. Al despertar noté que el dolor estaba parcialmente mitigado...

Luego volví poco a poco a mis pensamientos de antes, centrados en tu sierva y en su santa conversación. Entonces sentí ganas de llorar en tu presencia sobre ella y por ella, sobre mí y por mí. Di rienda suelta a mis lágrimas reprimidas, poniéndolas como un lecho a disposición del corazón. Este halló descanso en las lágrimas. Porque allí estabas Tú para escuchar, no un hombre cualquiera que habría interpretado desconsideradamente mi llanto.

Ahora, Señor, te confieso todo esto en estas páginas. Que las lea el que quiera y que las interprete como quiera. Y si estima pecado el que yo haya llorado durante una hora escasa a mi madre de cuerpo presente mientras ella me había llorado durante tantos años para que yo viviera ante tus ojos, que no se

⁹⁷ Conf. 9, 12, 30-31.

*ría. Al contrario, si tiene caridad, que llore también él por mis pecados en presencia tuya*⁹⁸.

*Descanse Mónica en paz con su marido, antes y después del cual no tuvo otro. A él sirvió ofreciéndote el fruto de su paciencia a fin de conquistarlo para Ti. Inspira, Señor y Dios mío, a todos cuantos lean estas palabras que se acuerden ante tu altar de Mónica tu sierva, y de Patricio, en otro tiempo su marido, por los cuales no sé cómo me trajiste a este mundo. Acuérdate con piadoso afecto de los que fueron mis padres en esta luz (vida) transitoria*⁹⁹.

Mónica murió unos días antes del 13 de noviembre del año 387 a los 56 años de edad.

Cuando Mónica muere, Agustín se siente solo. Valora cuánto su madre ha orado y llorado por él para conseguirle la gracia de la conversión. Él dice que ella *regaba día tras día con las lágrimas de sus ojos la tierra donde reclinaba su frente*¹⁰⁰. *Al verme abandonado de aquel consuelo que su persona me proporcionaba, sentía el alma herida, casi despedazada. Mi vida había llegado a ser una sola con la suya*¹⁰¹.

Habían llegado a ser, al final, como dos vidas unidas en una, madre e hijo, unidos por una misma fe y un mismo Dios, con los mismos sentimientos y deseos. Por esto mismo, Mónica, antes de morir, le pide que se acuerde de ella ante el altar del Señor, es decir, en la misa¹⁰².

Agustín afirma claramente que *las ardientes súplicas y cotidianas oraciones de mi buena madre..., evitaron mi perdición*¹⁰³.

⁹⁸ Conf. 9, 12, 32-33.

⁹⁹ Conf. 9, 13, 37.

¹⁰⁰ Conf. 5, 8, 15.

¹⁰¹ Conf. 9, 12, 30.

¹⁰² Conf. 9, 11, 27.

¹⁰³ El don de la perseverancia 20, 53.

CAPÍTULO SÉPTIMO MÓNICA, NUESTRA MADRE

DONES MÍSTICOS

Santa Mónica tuvo algunos dones místicos que nos descubren su alto grado de intimidad con Dios y de santidad personal. En primer lugar, ya hemos anotado cómo en Tagaste, cuando su hijo instaló una escuela y ella no le permitió vivir en su casa para no hacerla centro de irradiación de la herejía maniquea, tuvo una visión en la que Dios le prometió que su hijo se convertiría a la fe católica. Agustín dice que, en sueños, ella se encontraba sobre una regla de madera y un joven resplandeciente (un ángel), alegre y risueño, se le acercaba a ella, que estaba llena de tristeza y amargura. *Cuando ella fijó su vista en este punto, me vio a su lado de pie sobre la misma regla... Al contarme esta visión y al tratar yo de convencerla de que no perdiera las esperanzas de que un día ella sería lo que yo era en la actualidad (maniqueo), al momento y, sin dudar lo más mínimo, respondió: “No me dijo que donde está él también estas tú, sino donde estás tú, allí está él”*¹⁰⁴.

Así el Señor le aseguraba la conversión de Agustín. Pero no fue esta la única vez. Otra visión tuvo en su viaje por mar de Cartago a Roma en busca de su hijo. Dice él: *Mi madre, fuerte por su piedad, había venido a mi lado, siguiéndome por mar y tierra, segura de ti en todos los peligros. Tanto que hasta en las tormentas que padecieron en el mar era ella quien animaba a los marineros, siendo así que suelen ser éstos quienes animan a los navegantes, desconocedores del mar, cuando se turban, prometiéndoles que llegarían con felicidad al término de su viaje, porque así se lo habías prometido Tú en una visión*¹⁰⁵.

*A propósito de estas visiones decía que era capaz de distinguir la diferencia entre tus revelaciones y los sueños de su alma por una especie de sabor que no sabía explicar con palabras*¹⁰⁶.

Cuando Agustín deja de ser maniqueo, pero aún no era católico, ella seguía esperando, porque estaba segura de que Dios le concedería lo que le había prometido

¹⁰⁴ Conf. 3, 11, 19-20.

¹⁰⁵ Conf. 6, 1, 1.

¹⁰⁶ Conf. 6, 13, 23.

Refiere Agustín: *Estaba cierta de que le habías de dar lo que restaba, pues le habías prometido concedérselo todo. Me respondió que ella creía en Cristo que, antes de salir de esta vida, me había de ver católico fiel* ¹⁰⁷. Esto indica el grado de intimidad con el Señor que tenía santa Mónica y cómo el Señor le manifiesta sus secretos como a otros grandes santos.

Recordemos el éxtasis sobrenatural de Ostia Tiberina. Otros dones que podemos anotar fue el don de lágrimas y el don de la oración perseverante, sintiéndose madre espiritual de todos los amigos de Agustín y de todos los que le rodeaban, especialmente de los pobres y necesitados, a quienes todos los días ayudaba. Otra virtud divina que resplandeció en ella fue la de ser pacificadora de las personas en discordia. San Agustín lo dice: *Le habías otorgado el don de mostrarse tan pacífica siempre que podía entre almas discordes y disidentes cualesquiera que ellas fuesen... que no delataba nada a la una de la otra, sino aquello que podía servir para reconciliarlas* ¹⁰⁸.

Por eso no duda Agustín de canonizarla en vida y llamarla *Santa Mujer*¹⁰⁹.

LAS ORACIONES DE UNA MADRE

Las oraciones de las madres son especialmente escuchadas por Dios. Una madre, con todo el amor que tiene por sus hijos y familiares, ora con más intensidad y Dios no puede dejar de oír sus oraciones. Así ocurrió en la vida de santa Mónica y en la vida de otras santas. En la sagrada Biblia también tenemos muchos ejemplos de madres, que se ganaron las bendiciones de Dios para sus hijos con sus lágrimas y oraciones. Veamos algunos ejemplos.

Abraham despidió a la esclava Agar y a su hijo Ismael. Anduvieron errantes por el desierto de Berseba. Se les acabó el agua y ella echó al niño bajo un arbusto, a la sombra, y se fue a sentar a cierta distancia, porque no quería ver morir a su hijo. El niño lloraba y ella estaba angustiada, pero Dios le hizo ver un pozo y en él pudieron beber y salvarse (Gen 21). Dios escuchó su oración y salvó su vida y la de su hijo.

En el Evangelio se nos habla de la mujer cananea, cuya hija estaba endemoniada. Jesús al principio se hacía el desentendido y no le hacía caso, como si la despreciara, diciéndole: *No es bueno echar el pan de los hijos a los perros*. Pero ella insistía: *Señor, socórreme*. Y, al final, Jesús se alegró de su fe y

¹⁰⁷ Conf. 6, 1, 1.

¹⁰⁸ Conf. 9, 9, 21.

¹⁰⁹ Del orden, 1, 8, 22.

le dijo: *¡Qué grande es tu fe! Que se haga contigo como tú quieras* (Mat 15, 21-28). En este caso, también Jesús se muestra dispuesto a oír y conceder lo que pide una madre afligida por su hija.

En el libro primero de los Reyes se trata de una madre viuda (la viuda de Sarepta) que no tiene para comer ni ella ni su hijo. Sólo tiene un poco de aceite y harina para hacer un pan y después morir de hambre ella y su hijo. El profeta Elías le pide que le dé un poco de pan. Se lo da y el profeta le promete de parte de Dios: *No faltará la harina que tienes en la tinaja ni disminuirá el aceite de la vasija hasta el día en que Dios haga llover sobre la tierra* (1 Reg 17). Y después, hasta resucitó a su hijo que había muerto.

En el libro segundo de los Reyes se habla de una viuda, a quien un acreedor quiere tomar a sus hijos como esclavos, porque no puede pagar las deudas, pero Dios escucha su oración y por medio del profeta Eliseo le concede multiplicar y llenar de aceite todas sus vasijas para que lo venda y puede así pagar (2 Reg 4).

Otro caso de una madre afligida es el de la sunamita, que siempre acogía en su casa al profeta Eliseo y lo atendía con amor. Dios le concedió un hijo por intercesión del profeta; pero, cuando el niño era grandecito, se murió. Ella fue a buscar a Eliseo. Y Dios le concedió la resurrección de este hijo como premio a su fe y sus buenas obras. (2 Reg 4).

Otro caso el de la esposa de Jairo. ¡Cuánto rezaría y lloraría al ver a su hija moribunda! Envía a su esposo a hablar a Jesús y, cuando Jesús está viniendo a su casa, la niña muere. Uno de sus empleados se le acerca a Jairo, y le dice: *Tu hija ya ha muerto, ¿para qué molestar ya al Maestro?* Jesús interviene y exclama: *No tengas miedo, solamente confía en mí.* Llegan a la casa y hace callar a las lloronas y plañideras. Entra en la habitación de la niña con su padre, su madre y sus tres discípulos predilectos, y la resucita (Mc 5, 21-43). Dice el evangelio que *sus padres quedaron fuera de sí de alegría* (Mc 5, 42; Lc 8, 56). La oración y la fe de los padres en este caso salvó la vida de la hija.

Recuerdo que un día un sacerdote de Lima me contó su historia. Había nacido en la sierra del sur del Perú, una región muy pobre. Siendo de apenas pocos meses de nacido, en pleno invierno, en un caserío donde no había atención médica, se enfermó de pulmonía. Su madre, desesperada, pensando en la muerte de su hijo y sin poder llevarlo al puesto médico más cercano a 20 kilómetros, donde había solamente una enfermera, decidió ir a la capilla del caserío y ante la imagen de la Virgen se lo ofreció a María para que, si Dios quería, *pudiera ser sacerdote para su servicio.* Así literalmente.

El padre me decía que, cuando fue creciendo, no pensaba en absoluto ser sacerdote, pero al llegar a los 20 años, entró en un grupo parroquial y empezó a tomar en serio la idea, ya que su madre le había dicho desde niño que estaba consagrado a la Virgen para ser sacerdote. Entró en el seminario y ahora es un buen sacerdote. Dios acogió la consagración hecha por su madre y aceptó la ofrenda.

Otro caso parecido es el de san Josemaría Escrivá de Balaguer. A los dos años lo desahuciaron los médicos y su madre comenzó una novena a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, prometiendo que si sanaba lo llevaría en peregrinación a la ermita de la Virgen de Torreciudad. A la mañana siguiente amaneció sano. ¡Benditas las madres que oran por sus hijos y los ofrecen a Dios!

Un caso de salvación familiar es el que se cuenta en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Pablo y Silas estaban prisioneros y por medio de un terremoto Dios los libera milagrosamente. El carcelero quería suicidarse, pensando que lo condenarían a muerte por escaparse los presos, pero Pablo se lo impide y él pregunta: *Señores, ¿qué tengo que hacer para salvarme?* Ellos responden: *Cree en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu familia.* Los llevó a su casa, les dio de comer, escuchó sus palabras, se bautizó con toda su familia y *se regocijó con toda la familia de haber creído en Dios* (Hech 16, 32-34).

Cree en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu familia (Hech 16, 32). Es decir, cree, ama, ora al Señor Jesús y te salvarás con toda tu familia. Estas palabras, que son una promesa de Dios, se cumplen perfectamente en la vida de muchas madres, pero especialmente en la vida de santa Mónica. Ella consiguió con sus lágrimas y oraciones la conversión y salvación de toda su familia. Toda una familia, reunida en la fe, por virtud de las oraciones de Mónica. Una buena madre es un regalo de Dios para la familia. Ella es el sol de la familia, la alegría del hogar y la luz que ilumina sus vidas con la fe.

MATERNIDAD ESPIRITUAL

Mónica fue una madre espiritual para mucha gente durante su vida. Así lo dice Agustín: *Diré que cuidó de todos cuantos antes de morir ella, vivíamos unidos en ti, después de recibir la gracia de tu bautismo, y lo hizo de tal modo que es como si nos hubiera dado a luz a todos. Y se puso a nuestra disposición como si fuera hija de todos*¹¹⁰.

Ella era la *sierva de los siervos*. Por eso, en tantos lugares Agustín la llama *nuestra madre*¹¹¹.

Pues bien, una hermosa manera de ser madres espirituales es orar para que Dios escoja alguno de sus hijos, nietos o familiares para que sean sacerdotes o religiosas. Una buena madre debe orar por las vocaciones.

En un pueblecito italiano llamado Lu Monferrato, el año 1881 el párroco Alessandro Canora estableció la adoración al Santísimo Sacramento los martes por la tarde e invitó a las madres de este pueblo de 1.300 habitantes a orar para que Dios escogiera a alguno de sus hijos para sacerdote o religiosa. Dios escuchó sus oraciones y han surgido hasta ahora en ese pequeño pueblo 323 vocaciones: 152 sacerdotes y 171 religiosas. ¡Qué grande es el poder de la oración de las madres!

Y no sólo de las madres, de todas las personas buenas también. En la Biblia tenemos el caso narrado en el capítulo 18 del Génesis. Abraham intercede por las ciudades de Sodoma y Gomorra. Dios le descubre que van a ser destruidas por sus pecados, especialmente por el de sodomía (práctica homosexual en Sodoma). Abraham intercede: ¿Y si hubiera 50 justos? ¿No las perdonarías en atención a ellos? Y va bajando. Y si hubiera 40? ¿Y si hubiera 30? ¿Y si hubiera solamente 10 justos? Tampoco Dios las destruiría, pero no había ni diez justos y Dios las destruyó.

Un solo justo puede salvar un pueblo. Veamos. Cuando todavía el pueblo de Israel caminaba por el desierto, el pueblo de Amalec lo atacó. Si hubieran vencido quizás hubieran destruido para siempre al pueblo israelita y lo hubieran hecho desaparecer de la faz de la tierra. Mientras combatían los israelitas con los amalecitas, Moisés estaba en la cima de una colina, acompañado de Aarón y Jur. *Mientras Moisés tenía alzadas las manos en oración, ganaba Israel; cuando las bajaba, (es decir, cuando dejaba de orar) ganaba Amalec. Aarón y Jur*

¹¹⁰ Conf. 9, 9, 22.

¹¹¹ Contra los académicos 2, 6, 13.

sostuvieron sus brazos hasta la puesta del sol y así Israel venció a Amalec (Éxodo 17, 8-16). La oración de Moisés salvó a su pueblo.

La oración de Mónica salvó a toda la familia física y espiritual. No sólo era la madre física de sus tres hijos, sino madre espiritual de todos sus familiares, amigos de Agustín, personas de la Iglesia de África o de Milán y, en general, de todos los hombres, pues Dios inculca en las almas santas el deseo de orar por las necesidades del mundo. Por eso, todas las madres auténticas, que tengan una profunda fe, deben ser madres, no sólo de sus hijos, amigos y familiares, sino de todos los hombres. Y esto de manera especial lo pide Dios de las religiosas, que se han consagrado a Él para la salvación del mundo entero.

CONSAGRACIÓN DE LOS NIÑOS

San Francisco de Sales en el libro *Introducción a la vida devota* escribe: *Santa Mónica, cuando aún no había dado a luz al gran san Agustín, lo ofreció muchas veces a la religión cristiana y al servicio de Dios, cosa que él mismo testimonia cuando asegura que desde entonces gustó la sal de Dios, estando en el vientre de su madre*¹¹². *Buen ejemplo éste de ofrecer las madres cristianas a la divina Majestad el fruto de su vientre antes de que haya nacido, pues Dios acepta las oblationes de un corazón humilde y, ordinariamente, bendice los buenos deseos de las madres en este tiempo.*

*Santa Mónica combatió con tanto denuedo y constancia las malas inclinaciones de san Agustín que, habiéndole seguido por tierra y por mar, consiguió que fuese más dichosamente hijo de sus lágrimas mediante la conversión de su alma que no fruto de su sangre mediante la generación del cuerpo*¹¹³.

Con esto da a entender san Francisco de Sales que antes de nacer Agustín, ya había sido ofrecido y consagrado a Dios por su madre. Hace hincapié que esto es un buen ejemplo, porque Dios oye, acepta las obligaciones y *secunda los buenos deseos de las madres*. Es hermoso y aconsejable que muchas madres ofrezcan a sus hijos a Jesús antes de nacer. De esta manera, en caso de fallecimiento en su vientre, antes de ser bautizados, ya están ofrecidos Dios por su madre, mejor si es por los dos padres; y por la fe de sus padres y su consagración a Dios pueden ir directamente al cielo.

¹¹² Ab utero matris meae: Conf 1,11, 17.

¹¹³ *Introducción a la vida devota*, capítulo 38.

Es un hecho confirmado por muchos salidos de sectas satánicas que los adeptos de Satanás ofrecen a los niños al demonio antes de nacer. Y esto lo hacen también los ginecólogos satánicos en los mismos hospitales.

Los católicos también deben hacerlo antes y después del nacimiento de los niños. ¡Qué hermoso es ver a muchas madres que van a una imagen de Jesús y de María para consagrarlos personalmente a Jesús por María!

Esta costumbre deberían aprenderla todas las madres para que Dios bendiga cuanto antes a sus hijos y estén consagrados a él. Y después bautizarlos lo antes posible.

Personalmente, en algunas misas del día de la madre o en días especiales, cuando hay mujeres embarazadas, ofrezco a sus niños y sé que Dios recibe con agrado la ofrenda de estos niños inocentes desde el vientre de sus madres. Esto mismo he visto hacerlo a otros sacerdotes con alegría de las familias.

UNA MUJER FUERTE E INTELIGENTE

A santa Mónica podemos aplicarle las expresiones de la mujer fuerte de que nos habla la Palabra de Dios: *Vale más que las joyas. En ella confía el corazón de su marido y no tiene nunca falta de nada. Le da siempre gustos y nunca disgustos todos los días de su vida. Trabaja con sus propias manos... Todavía de noche se levanta y prepara a su familia la comida y la tarea de sus empleadas... Tiende su mano al pobre y alarga la mano al necesitado. No teme su familia el frío de las nieves, porque todos en su casa tienen vestidos forrados... Se reviste de fortaleza y de gracia y sonrío al porvenir. La sabiduría abre su boca y en su lengua está la ley de la bondad. Vigila a toda su familia y no come su pan de balde. Alzanse sus hijos y la aclaman bienaventurada y su marido la ensalza. Engañosa es la gracia, fugaz la belleza, la mujer que ama al Señor ésa es de alabar* (Proverbios 31,10-31).

San Agustín reconoció su inteligencia y le dice: *Te excluiría de estas pláticas, si no amases la sabiduría; te admitiría a ellas, aun cuando tibiamente la amases, mucho más al ver que la amas tanto como yo. Ahora bien, como la amas más que a mí mismo, y yo sé cuánto me amas, por esto tengo motivos para ser discípulo de tu escuela*¹¹⁴.

Se mostró fuerte, cuando no quiso recibirlo en su casa, siendo él ya maniqueo, para no hacerla un centro de propaganda de la herejía.

¹¹⁴ Del orden 1, 11, 32.

San Agustín dice de ella que tenía *traje de mujer, fe de varón, seguridad de anciana, caridad de madre y piedad cristiana*¹¹⁵. Afirma que *las ardientes súplicas y cotidianas oraciones de mi buena madre, evitaron mi perdición*¹¹⁶. *Ella iba dos veces al día, mañana y tarde, a la iglesia, sin fallar nunca*¹¹⁷. *Me había llorado durante tantos años para que yo viviera ante tus ojos*¹¹⁸.

En una palabra, era una *santa mujer*¹¹⁹, *que regaba día tras día con las lágrimas de sus ojos la tierra donde reclinaba su frente*¹²⁰.

Y la alabó su hijo Agustín, sus hijos Navigio y Perpetua, su esposo Patricio y todos cuanto la conocieron. *Cualquiera que la conocía te alababa, Señor, te honraba y amaba mucho en ella*¹²¹.

¡Bendita santa Mónica, madre de Agustín y madre nuestra, que tantas bendiciones nos has conseguido con tu intercesión! ¡Seas bendita por los siglos de los siglos. Amén!

RESTOS DE MÓNICA

Durante muchos siglos los restos de santa Mónica permanecieron en Ostia en un sarcófago de piedra a orillas del mar, donde había un monumento de mármol muy antiguo y que algunos lo consideraban del tiempo de san Agustín

En el siglo VI ó VII, ante la invasión de los longobardos, su cuerpo fue trasladado a la iglesia de santa Áurea de Ostia y colocados en una cripta que sólo unos pocos conocían.

Pasaron los siglos y los Superiores de la Orden agustiniana, al celebrar los 1.000 años de la muerte de san Agustín, tomaron conciencia de que en Ostia, pequeña ciudad, no se le daba a Mónica el culto que merecía. Y decidieron trasladar sus restos a Roma. Pidieron permiso al Papa y les fue amablemente concedido. Lo primero que hubo que hacer fue desenterrar los restos que permanecían en el subsuelo del templo de santa Áurea. Comenzaron a excavar y encontraron unos huesos sin ninguna inscripción, siguieron excavando debajo de

¹¹⁵ Conf. 9, 4, 8.

¹¹⁶ El don de la perseverancia 20, 53.

¹¹⁷ Conf. 5, 9, 17.

¹¹⁸ Conf. 9, 12, 33.

¹¹⁹ Del orden 1, 8, 22.

¹²⁰ Conf. 5, 8, 15.

¹²¹ Conf. 9, 9, 22.

una gran losa, y encontraron varios sepulcros en una bóveda subterránea. Tres a la derecha y tres a la izquierda. Los tres de la derecha correspondían a tres Papas: san Lino mártir, sucesor de san Pedro; san Félix y san Asterio. Los tres de la izquierda correspondían: uno a santa Áurea, la titular del templo, otro a santa Constancia y su hija, y el otro a santa Mónica. Su sepulcro tenía la amplitud de la estatura de un hombre ¹²².

Los restos de las tres santas sudaban un licor suavísimo y agradable ¹²³. Cuando el padre general de la Orden agustiniana, el padre Agustín Favaroni, tocó los huesos de santa Mónica, quedaron sus manos tan impregnadas de un olor sobrenatural que por más que se lavó durante varios días no pudo quitárselo, hasta que se los lavó con agua bendita ¹²⁴.

El traslado de los restos de santa Mónica a Roma tuvo lugar el 9 de abril de 1430. Asistió tanta gente que realmente fue una apoteosis y un triunfo maravilloso de la santa. Todo el mundo hablaba maravillas de la madre de san Agustín, que fue ensalzada con varios milagros que Dios hizo por su intercesión para aumentar su fama y su gloria.

Veamos algunos, citados por el mismo Papa Martín V en el sermón que pronunció en la misa que celebró para recibir los restos en Roma. Un hombre plebeyo que tenía muchas costras en todo el cuerpo, como si fuera lepra, rezó de rodillas ante las reliquias de la santa y quedó totalmente limpio. Un ciudadano de Roma, que era ciego, se curó después de pedir su curación. Un niño tuerto, llevado por su madre a orar ante sus restos, también fue curado. Una mujer que tenía un hijo muy grave desde hacía ocho meses, lo colocó sobre el arca de las reliquias y se pudo levantar sano.

Una mujer, llamada Silvia, tenía mucho dolor de cabeza y se curó, pidiéndoselo en la iglesia a la santa. Otra mujer de nombre Mariola tenía un tumor en el seno con mucha fiebre y, tocando el arca de las reliquias, quedó totalmente libre de la enfermedad. Un niño que se había envenenado y estaba casi moribundo, se sanó por la oración de toda su familia a santa Mónica. Una noble mujer romana paralítica tocó el arca y quedó curada ante el asombro de los asistentes. La mujer del cerrajero, que hizo las rejas del sepulcro, era estéril y pudo concebir por intercesión de la santa. El mismo cerrajero, que estaba casi ciego, se sanó. Otra joven que estaba enferma de peste hizo voto de vestir el hábito de la Orden y quedó sana. Añade el mismo Papa que hubo otras

¹²² Literalmente escribió el Papa Martín V: cuius magnitudo hominis staturam implebat.

¹²³ Ex ossibus virginum perennis liquor exsudabat.

¹²⁴ Esto mismo le pasó al Papa Martín V.

curaciones de distintas enfermedades, especialmente de ciegos e incluso conversiones¹²⁵.

Las fiestas de la traslación duraron ocho días a partir del 9 de abril de 1430. A los pocos días, el mismo Papa publicó una Bula para recordar esta traslación, que fue como una especie de canonización pública, ya que en los primeros siglos no había canonización por parte de los Papas, sino más bien se consideraban santos aquellos que la *vox populi* o la aclamación popular los consideraba como tales.

El secretario del Papa Martín V, Mateo Vegio, hizo construir a su costa un hermoso y magnífico sepulcro de mármol y jaspe; y compuso unos versos latinos para ponerlos como epitafio de la tumba de santa Mónica. Y allí están los restos de la santa en la capilla de la iglesia de San Agustín de Roma, a la izquierda del altar mayor. Los restos de san Agustín están en Pavía.

MÓNICA SIGUE VIVENDO

Santa Mónica no está muerta, está viva. Santa Mónica lo demostró, en tantos milagros que realizó en el traslado de sus restos de Ostia a Roma.

A lo largo de los siglos hasta nuestros días, la Iglesia la ha considerado siempre como patrona de las madres cristianas y ha repartido bendiciones inmensas a las familias que la han invocado con devoción.

A algunos santos de su especial devoción se les ha aparecido para demostrarles personalmente su presencia y su amor.

En la vida de la beata Inés de Benigánim, agustina descalza, se relata: *El día de la fiesta de san Agustín de 1672 vio a Cristo nuestro Redentor con indecible majestad en compañía de su madre, a quienes asistían san Agustín, santa Mónica, santo Tomás de Villanueva, san Nicolás de Tolentino, san Guillermo y otros muchos santos y santas de la orden agustiniana*¹²⁶.

¹²⁵ Datos tomados del sermón del Papa Martín V: *Sermo ad fratres augustinos de translatione corporis S. Monicæ Ostia Romam*, impreso en Roma en 1586 en la tipografía de Vicente de Accolti. Puede leerse en internet en latín. En castellano se encuentra en el libro *Chronica espiritual agustiniana*, escrita por Sebastián de Portillo y Francisco de Avilés, del año 1651, en el segundo tomo (de los cuatro escritos). En la edición de 1732 se encuentra en las páginas 60-64.

¹²⁶ Tosca Tomás Vicente, *Vida, virtudes y milagros de la venerable Madre Josefá María de Santa Inés de Benigánim*, Valencia, primera edición de 1715; segunda edición con adiciones de Vicente Albañana de 1737, pp. 277-278.

La sierva de Dios sor Mónica de Jesús, agustina recoleta, refiere: *En mi día muy temprano vino primero el hermano mayor (su ángel custodio). Al poquito rato vino Jesús. Mi hermano mayor me presentó a Jesús. Después vino la Madre de Jesús e hizo lo mismo. Después vino nuestra Madre santa Mónica y me presentó también* ¹²⁷.

El Papa Eugenio IV (1431-1447) instituyó en su honor una cofradía de madres cristianas. En el siglo XVI el cardenal Baronio introdujo su nombre en el Martirologio romano. En 1551 los agustinos celebraban la fiesta de la traslación de sus restos a Roma el 9 de abril y su fiesta el 4 de mayo.

En el siglo XIX surgió en la basílica de Nuestra Señora de Sión de París una Asociación de madres cristianas que fue aprobada por el Papa Pío IX en 1856 y se difundió por todo el mundo.

En 1982 el padre Lorenzo Infante fundó en Madrid la Comunidad de *Madres cristianas Santa Mónica* con el fin de formar madres dispuestas a defender la fe de sus hijos y esposos.

Las *Madres cristianas Santa Mónica* es una Asociación reconocida por la autoridad eclesiástica y que se va extendiendo en diversos países. Tiene por finalidad convencer a las madres cristianas que el mayor tesoro que pueden legar a sus hijos es la fe católica y que deben defenderla con sus oraciones para que aumente y para que los que no la tienen la puedan encontrar. Se trata fundamentalmente de grupos de madres, aunque no se excluyen religiosas, viudas o solteras con espíritu de maternidad espiritual, que recen sin cansancio todos los días por sus hijos o ahijados para que vivan según la fe católica.

Y Dios sigue en la actualidad, haciendo milagros de conversiones, acercando a las familias a Dios y obteniendo para ellas muchas bendiciones del Señor.

¹²⁷ Carta a su director espiritual, el padre Eugenio Cantera del 8 de mayo de 1918.

